

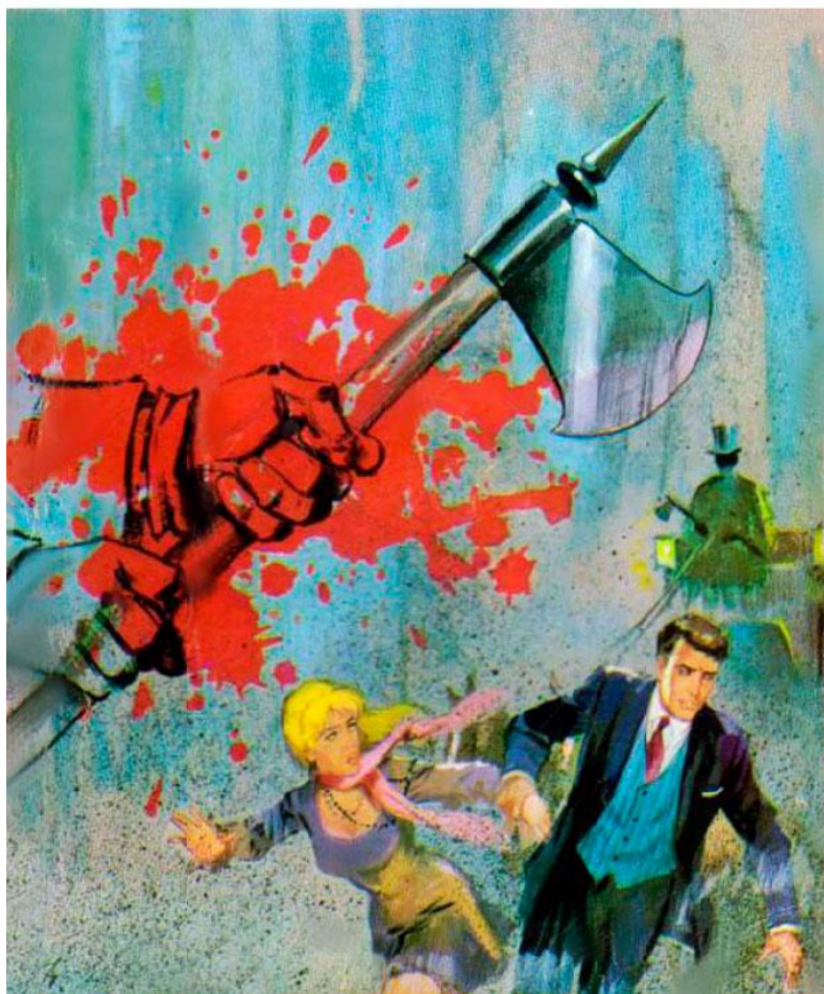
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

FANTASTICO

curtis garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

FANTASTICO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 466

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 2.902 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1971

© CURTIS GARLAND, 1971
sobre la parte literaria

© TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.074. — De entre las sombras.

En Colección PUNTO ROJO:

461. — Trampa para un muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

CENTENARIO

Anoche tuve un extraño sueño.

Soñé que el Old Royal Comedy volvía a ser levantado, y que sobre los cascotes de sus ruinas, un edificio sorprendentemente parecido a aquel Old Royal del pasado siglo, se alzaba de nuevo ante los sorprendidos ojos de vecinos y transeúntes de Shaftesbury, cerca de Piccadilly Circus.

En ese sueño no había sombras siniestras ni oscuros presagios, es cierto. Pero solamente ver ante mí el Old Royal resucitado sobre las ruinas y cascotes, ya significó de por sí una auténtica pesadilla.

Ese sueño me trajo horribles recuerdos. Los recuerdos sangrientos de unos momentos que quisiera haber olvidado, pero que ese mal sueño de anoche me hizo revivir en toda su tremenda, alucinante dimensión. Como si todo pudiera volver a ocurrir. Como si al levantarse el fantasma de piedra del Old Royal, en aquel chaflán, frente a los muros de la vieja capilla, todo pudiera repetirse de nuevo, y la orgía de sangre, de muerte y de horror, se alzase de entre las sombras del pasado, cobrando nueva vida, con todos los espectros que formaron la demoníaca galería de seres mezclados en aquel caso.

Sí. Fue un extraño, un feo sueño. Una pesadilla auténtica.

Desperté de ella sobresaltado. Descubrí mi piel húmeda de frío sudor, y me tuve que levantar y tomar un trago para tranquilizarme. No soy impresionable, ni puedo serlo ya, después de vivir lo que viví. Pero aun así, me impresionó mi sueño.

Claro que, a fin de cuentas, solamente fue eso: un sueño. Un mal sueño que quizá me vuelva a asaltar muchas veces en el futuro. Quizá porque en algún lugar de mi subconsciente, alojó todavía una

serie de sensaciones, de ideas, de imágenes cuajadas de horror y de angustia. Imágenes donde rostros crispados, ojos desorbitados, manchas de roja sangre y cuerpos atrozmente mutilados, forman un *ballet* delirante, un *grand guignol* fantástico.

Fantástico...

Ésa es la palabra adecuada: fantástico. Creo que lo define todo. Absolutamente todo, desde el principio al fin. Desde que todo comenzó hasta que todo terminó. Aunque la verdad es que el principio hay que buscarlo lejos, muy lejos. Allá, en las oscuras sombras del tiempo, muy lejos de esta época. Cien años atrás...

Y el final... Me pregunto si existió de verdad un final. O si éste ha de presentarse aún. Si todavía no hubo solución para la pesadilla, y por eso me atormenta por las noches, martilleando en mi cerebro con las viejas imágenes de su pavoroso carrusel de muerte, violencia y horror.

Todo fue fantástico. En su ambiente, en su apariencia, en la envoltura de aquellarre que le rodeó. Fantástico como un relato de Poe, como una pieza pictórica de Goya o de Van Gogh, en sus épocas demenciales. Como un aguafuerte intenso, alucinante y estremecedor.

Fantástico como la musiquilla marcial de una banda de circo bajo la lona, mientras funámbulos, ilusionistas y enanos deformes, juegan sobre la arena su extraño y decadente delirio de variedades patéticas y, a veces, incluso ridículas...

Fantástico como lo irreal, como lo que está más allá de este mundo y de esta vida. Como mi propio sueño de anoche, cuando yo volvía, caminando por tortuosas y largas callejuelas desiertas, hasta la fachada de piedra del Old Royal Comedy, que un día viera en su escenario a los shakesperianos Kamlet, Macbeth, Desdémona o Romeo, declamando el verso del genio de Stratford On-Avon, y más tarde, en plena decadencia, los clásicos personajes del verso fueran sustituidos por prestidigitadores, malas bailarinas, payasos, acróbatas y manipuladores de programas de variedades, hasta su demolición, después del asunto que cerró sus puertas en una orgía de sangre, más propia de una tragedia del dramaturgo ilustre, que de un mediocre programa de fantasías circenses.

En mi sueño, las callejuelas eran más largas, más vacías y más siniestras que en la realidad. En mi sueño, yo llevaba un macferlán

de otra época, un sombrero de reflejos, y percibía el sonido de mis zapatos sobre el empedrado de viejas calles del pasado siglo.

Y allá enfrente, fantasmal y majestuoso, aparecía el Old Royal, como una dantesca visión de terror y de muerte.

Un fantástico sueño el mío, para un recuerdo del más fantástico enigma jamás presentado a un ser humano.

Fantástico, sí. Es el nombre que mejor refleja y describe aquel instante de mi vida. Y pensar que todo comenzó con una vulgar invitación, con una cartulina ocre, impresa en letras doradas, de relieve, para asistir precisamente a un acto de pura fantasía...

*Queda usted invitado al centenario del teatro OLD ROYAL
COMEDY,*

*donde, antes de la demolición definitiva, se llevará a efecto
la*

GRAN CONVENCIÓN DE ARTES FANTÁSTICAS.

*Esta sesión especial será patrocinada por la extrasensorial
British Research y el Magician Club of London, con quienes
especialmente para esta ocasión, colaborarán el
Circus Artist Club y Circus Circle Of England.*

El programa será presentado y comentado por

SIR RANDOLPH BELLAIR,

El próximo día 6 de febrero, a las 8,15 P.M.

Ésa era la invitación. Toda ella con un bello grabado de letras doradas, en relieve sobre la cartulina ocre, con el emblema casi aristocrático del Old Royal.

La recibí entre otras muchas invitaciones y gacetillas o fotografías artísticas, como es normal en un hombre de mi profesión. Un crítico de espectáculos, habitualmente recibe siempre toda esa serie de cosas, para asistir a un estreno o una reposición, para ser enterado, por determinado artista, de su paradero o proyectos, y para ocuparse, en suma, de realzar a todo bicho viviente, lo merezca o no. Luego, la mayor parte de ese material pasa a la papelera, otro al archivo, y el crítico escribe lo que le da la gana, pero que él considera justo.

Yo, como crítico del *Weekly Variety*, fui uno más entre los escritores del mundo del espectáculo londinense, que recibí esa invitación para la sesión especial del Old Royal. Pero no podía

imaginar que mi relación con el viejo teatro a punto de ser derribado, no sabía bien si por una inmobiliaria o por una entidad bancaria de la City, sería muy diferente a la de los demás cronistas de espectáculos de la capital. Muy diferente... y mucho más directa y profunda.

El día seis de febrero no tenía compromiso alguno con cualquier otro programa teatral o circense de Londres, por lo que juzgué que no era ningún problema asistir a la velada del Old Royal.

Incluían, con la invitación, un folleto en papel *couché*, indicando el programa de la Convención.

Había una primera parte, con charla de *sir* Randolph Bellair, diapositivas y viejas películas proyectadas, haciendo una breve antología de las artes fantásticas, antes de entrar en una segunda parte con actuación de destacados artistas del género fantástico en Londres: magia, prestidigitación, trucos de alta escuela, desapariciones a la vista del público y todo eso. Finalmente, la tercera parte incluía una presentación de hipnotismo, sugestión, transmisión de pensamiento, parapsicología y... espiritismo.

El espiritismo, con asistencia de varias personalidades científicas inglesas, y algunos invitados especiales del extranjero, cerraba la Convención. Los nombres incluidos en el programa, hacían suponer que la sesión se iba a hacer seriamente, sin truculencias ni engaños.

La cosa ofrecía algún interés, aunque lo frío, desapacible y húmedo de las noches invernales, no invitase precisamente a salir de casa o del comfortable Club de Prensa, para ir a ver todo aquel *show* fantástico.

—¿Piensas asistir a ver a esos chiflados y payasos, Geoff? —me preguntó un compañero de redacción.

—Es posible —me encogí de hombros, sonriendo—. No hay nada que resulte más atractivo, para la noche del seis de febrero.

—Eso crees tú —terció Hampton, otro compañero, encargado de la sección más frívola del semanario: la página de *night-clubs* y *vaudeville*—. Cerca de ese viejo caserón que va a ser demolido en breve, hay un club nocturno estupendo, el Club 1800. Un ambiente que no tiene nada que envidiar al del Old Royal, en sus mejores noches de hace cien años..., pero con las comodidades de hoy: luces de gas que son en realidad eléctricas, quinqués modernos, fingiendo ser antiguos, divanes de terciopelo rojo... que no son sino imitación

plástica, macferlanes y chisteras en el personal... y las chicas con deliciosos trajes del pasado siglo..., pero deliciosamente transparentes.

—¿Transparentes? —enarqué las cejas—. ¿Totalmente?

—Bueno, hasta los límites de un liberal pudor —rió Hampton—. Ambiente 1800, al servicio de la frivolidad moderna. Y una bailarina y cantante que quita el sentido, una tal Vicky Lane, que empieza el número vestida como la más victoriana y puritana dama de entonces..., y al final de su *strip-tease*, lleva menos ropa que una bañista en la Costa Azul.

—No he visitado ese lugar —reí—. Prometo hacerlo, sin embargo. Es posible que si la velada de la magia y la fantasía me aburre, busque ese delicioso Club 1800 de que hablas.

—Lo encontrarás enseguida. No tiene pérdida. Está en el mismo Soho, a dos manzanas del teatro, dirigiéndote hacia Regent. Su entrada forma un callejón empedrado.

—Con esos datos, me sobra.

—En el callejón encontrarás un viejo fiacre negro, sin caballos. Es auténtico. Lo han situado ante la puerta, para darle ambiente. Y vaya si se lo da.

—Sólo faltaría la efigie de Jack, *el Destripador* —reí de buena ganada—. Así el ambiente sería perfecto.

—Allí lo único capaz de destriparle a uno, son las curvas de esa Vicky. Es una rubia que quita el sentido, ya verás... —e hizo con las manos, en el aire, un expresivo movimiento ondulante, que dibujó con claridad las formas de la dama.

Pero lo cierto es que el seis de febrero, a media tarde, no pensé en absoluto en ese pintoresco local ochocentista, ni mucho menos. Me había hecho el propósito de acudir al Old Royal. Quería despedir al vetusto coliseo, y ver el programa mágico. *Sir* Randolph Bellair era una autoridad en cuanto al tema, incluso con libros muy documentados, y algunos programas en la televisión, de considerable audiencia.

Ni siquiera me desanimó la tarde lluviosa, de densa neblina, triste y desapacible, no excesivamente fría, pero cargada de una elevada dosis de humedad.

A las seis de la tarde, cuando ya las luces artificiales y las de los escaparates, pugnaban con poco éxito por disipar el tradicional

«puré de guisantes» londinense, y la lluvia menuda y fría calaba hasta los huesos, dirigí mi rojo «Morris Minor» hacia Shaftesbury Avenue, cubriendo mi *smoking* con un sobretodo negro, impermeabilizado.

No iba a perderme la última velada en el viejo teatro, en la noche de su centenario y despedida de la vida activa, antes de que la piqueta abatiera sus muros de piedra, cargados de años y de historia artística.

Ni siquiera pensé en dejar vacía mi butaca de platea, cuando, al descender del automóvil en el aparcamiento cercano, y dirigirme a un bar restaurante inmediato, donde tomar un frugal tentempié antes de entrar en el Old Royal, me encontré con Sidney Blackburn.

—Hola —saludé, sorprendido—. ¿Desde cuándo interesa el teatro de magia y de parapsicología, a un inspector de Scotland Yard?

—Desde que se han cometido tres asesinatos relacionados muy directamente con ese viejo teatro, mi querido Geoffrey Symons —respondió apaciblemente mi amigo, el inspector Blackburn, de New Scotland Yard.

CAPÍTULO II

ASESINATO NUMERO CUATRO

Tres asesinatos.

—¿Tres? —insistí, con sobresalto todavía. Y con bastante incredulidad.

—Sí, Geoff —confirmó él, derramando salsa de Worcestershire sobre su carne asada y el puré de patata en el que se derretía la dorada mantequilla—. Tres asesinatos. Todos ellos con una relación indiscutible con el Old Royal Comedy. ¿Sorprendido?

—Imagínate —resoplé, eligiendo mostaza para mi plato, tras dudar frente al frasco de *curry sauce* de la India—. ¿Cuándo ha sido eso?

—No viene de ahora. La cosa empezó hace algún tiempo. Han sido muertes espaciadas, aunque no muy de tarde en tarde. Digamos que entre el primer y tercer crimen han transcurrido exactamente... diez meses.

—¿Cinco entre cada muerte? —sugerí.

—Eso es —me miró, sorprendido—. ¿Cómo diablos lo sabes? ¿Recuerdas ya el asunto?

—No, en absoluto. Nunca leo los sucesos en los periódicos. Ni siquiera los del mundo del espectáculo. Deduje que habrían sido muertes periódicamente regulares. ¿Lo fueron?

—Diablo, desde luego que sí —refunfuñó—. Tremendamente regulares. Cinco meses después de la primera muerte, la segunda. E igual caso para la tercera. Todas en igual día del mes, además: el seis.

—El seis... —repetí. El trozo de carne se desprendió de mi tenedor y chapoteó en la salsa. Me quedé mirándole fijamente—. Hoy es seis.

—No tienes que decírmelo. Por eso estoy aquí. Es la última vez que el viejo coliseo abre las puertas. Y es día seis.

—Ya. ¿Y transcurrieron cinco meses ya, desde la última muerte?

—No. Sólo tres esta vez. Pero no sé por qué... me dio el pálpito. Una fea corazonada, Geoff. Posiblemente se quede en eso. Ojalá sea así. De cualquier modo, prefiero haber venido, y asistir a ese espectáculo.

Comimos en silencio durante unos momentos. Me serví vino en la copa de verde cristal. Blackburn, que prefería cerveza para su cena, apuró su vaso y pidió más. Nos miramos, pensativos, con sólo el ruido de los cubiertos en el plato, y el leve ronroneo de conversaciones en el restaurante. Mucha gente iba de etiqueta. Espectadores del Old Royal también. Me sentí tan lejos de ellos como de la Galaxia de Andrómeda.

—Me gustaría conocer el asunto —dije, pensativo, retirando mi plato y tomando el *pudding* que el camarero me servía, imperturbable—. ¿Es secreto profesional, Sidney?

—No —negó mi amigo—. Lo han publicado todos los periódicos. Imaginé que no te gustaba. No eres aficionado a los sucesos, tú mismo lo dijiste.

—He cambiado de opinión en esto. ¿Por qué se relacionan los asesinados con el teatro? ¿Murieron en él?

—Nadie ha muerto en el Old Royal.

—¿Entonces...? —sentíame muy intrigado ahora.

—Murieron en diferentes lugares. Mutilados los tres.

—¿Mutilados? —me estremecí.

—Un brazo, una mano, un pie... Cosas así. Cada uno una mutilación diferente. Raro y macabro. La parte mutilada, el miembro cortado, no apareció en ningún caso. Todos ellos eran artistas o gente relacionada con el mundo del teatro, el circo, las variedades... ¿Vas entendiendo ahora, Geoff?

—Algo —asentí—. Creo recordar el último caso ahora. Dijeron que era suicidio... ¿No se trataba de *lady* Morgana, la célebre telémeta y lectora del pensamiento?

—Exacto. *Lady* Morgana para el mundo del circo y las variedades. Su nombre real era el de Lucille Bennings. Tenía cuarenta y dos años. Había perdido mucho últimamente, a causa de una dolencia que le afectó al cerebro. Ya no la contrataban apenas.

Por eso se pensó en el suicidio. Estaba bebida, se la halló aplastada contra el pavimento de un patio interior, en la casa de apartamentos donde vivía, en Paddington. Se dijo que debió arrojarla desde el octavo piso donde vivía. El resultado de tal caída es fácilmente imaginable. En principio, no advertimos la carencia de su mano izquierda, destrozada como estaba por el impacto. Luego... al descubrir la mutilación, limpiamente hecha a la altura de la muñeca, digna de un cirujano o un matarife, comprendimos. La mano cortada no apareció. Como en los dos casos anteriores con el brazo de Barry Dexter y el pie de lord Bond, llamado en realidad Archibald Wilburn.

—Cielos, ya voy recordando... —musité—. Barry Dexter, el *manager* de circo... lord Bond, el aristócrata de la hipnosis y sugestión... Siempre con su capa negra, de forro de seda roja, su sombrero de copa, su monóculo, su impecable frac... Murieron los dos. Pensé en enfermedades, accidentes, cosas así...

—Fueron asesinados. A Dexter le acuchillaron ferozmente en su propio despacho de *manager*, en el edificio del Circus Artist Club. A lord Bond le aplastaron su canosa y aristocrática cabeza con una extraña arma medioeval: una de esas bolas de hierro, cuajadas de pinchos, que penden de una cadena, y se empuñan por una barra sólida y contundente. La bola hizo añicos el cráneo del infeliz, antes de que su asesino procediese a mutilarle su pie izquierdo...

—Dios mío... —repentinamente, había perdido todo el apetito, e incluso sentí náuseas. Retiré mi *pudding* a medio comer, y apuré el vino rojo de un trago—. Es una masacre, Sidney.

—Una carnicería atroz. Sin método: cuchillo, una bola de hierro medioeval, un empujón al vacío, desde la planta octava de un edificio... Sólo un factor común: la mutilación.

—De la mano izquierda, el pie izquierdo... ¿y el brazo izquierdo? —indagué, de súbito entornando astutamente mis ojos fijos en el inspector Blackburn.

—Sí —su mirada también fue astuta al contemplarme. Mostró recelo—. Eres muy analítico, ¿eh? Buen observador, deductivo... Debiste ser policía, no periodista.

—¿Tan mal escribo? —me quejé. Moví la cabeza de un lado a otro—. Siempre he sido aficionado a jeroglíficos, charadas y problemas de lógica. El crimen creo yo que es una materia de pura

lógica. Un caso criminal, puede ser eso mismo: una charada, una partida de ajedrez o un crucigrama.

—A veces, es mucho más complicado que eso. Allí tienes un asunto con tres crímenes que sólo pueden relacionarse entre sí, teniendo en cuenta que todos eran personas del mundo del espectáculo, que dos de ellos trabajaron en el Old Royal, y Dexter fue promotor de espectáculos en el mismo teatro. Y las dichas mutilaciones de miembros zurdos. Aparte de eso, ninguna relación entre ellos. Sólo se trataban profesionalmente. Vivían alejados entre sí, no frecuentaban los mismos lugares... ¿Sabrías tú descifrar esa charada?

—Es tu trabajo, no el mío —sonreí, irónico. Luego, me eché atrás en el asiento, para añadir—: Tienes razón, Sidney. No es nada fácil el caso... ¿Hay sospechosos?

—Hubo alguno, pero nada sólido ni concreto. No tenían familia ninguno de los tres. Nadie heredaba nada. *Lady Morgana* no tenía un penique, lord Bond dejó una cartilla con dos mil libras esterlinas, que pasan al Tesoro, a falta de parientes o testamento, y Dexter dejó sus bienes a un primo lejano que reside en Australia, aunque como todo se reducía a una finca en West Ham y unas mil quinientas libras esterlinas, dado que últimamente perdió mucho dinero en financiar espectáculos ruinosos, el beneficiado ni siquiera se ha tomado la molestia de venir a Inglaterra a hacerse cargo del legado.

—Muertes sin motivo, sin conexión, sin nada en común, salvo el mundillo en que se movían, el haber actuado en este teatro... y ser mutilados después de morir.

—Exacto. Ése es el panorama.

—Y temes que hoy, precisamente hoy, pueda haber la cuarta víctima.

—Lo presiento. Lo temo, sí.

—¿Algún presunto señalado para morir?

—Puede ser cualquiera, Geoff.

—¿Por qué no buscas a alguien que no tenga familia, que sea artista o promotor, y que haya actuado alguna vez en el Old Royal? —sugerí—. Muchos de los que hoy aparecerán en el escenario, lo harán por primera vez aquí. Hay parapsicólogos, espiritistas, investigadores extrasensoriales y cosas así, además de algunos seleccionados artistas de la magia y de la fantasía.

—Es una buena idea, pero podemos equivocarnos y ser otro la víctima. Además, no hay ya tiempo material para hacer nada. Ni siquiera me atreví a meter policías en el teatro. No hay nada sólido en que apoyarse, y mis superiores de Scotland Yard se mofarían de mí, si creo un gran aparato policial, para nada. Me he limitado a poner en el teatro a tres agentes de paisano, de un modo casi personal, sin exigirles el servicio. Y yo estaré también en la platea, por si algo sucede.

—Espero que todo sea innecesario —murmuré, pensativo—. No me gustaría asistir a esa clase de espectáculos, Sidney.

—Ojalá me equivoque —resopló mi amigo—. Ésa es mi única esperanza...

Era tarde ya. Pagué la cena, invitando a Sidney, pese a sus protestas. Salimos juntos del restaurante, y nos sumergimos en la espesa niebla asetada por la pertinaz, helada lluvia.

Allá enfrente, a escasa distancia, el chaflán ofrecía la iluminación de la fachada del Old Royal, dando una fantasmal claridad lechosa a la calle envuelta en niebla. Era como un fantástico muro de luz para aquella velada de cariz también fantástico.

Me estremecí al cruzar la calzada, con las manos hundidas en mi negro sobretodo que la lluvia hacía brillar. Y no era frío lo que sentía.

Creo que, de repente, sin saber por qué, había tenido miedo.

Miedo a algo que todavía no había sucedido. Que quizá nunca sucedería.

Era un error pensar eso último. Sucedió.

Sucedió justamente en la segunda parte del programa. Cuando correspondía actuar a los profesionales del truco, el ilusionismo, la magia ficticia, lo fantástico llevado al terreno puramente teatral de lo falso y divertido.

No podré olvidarlo jamás. Creo que tampoco nadie lo olvidará en Londres, mientras viva. Me refiero a cuántos estuvimos presentes en la sala al tener lugar el temido y presentido cuarto asesinato de la extraña serie sangrienta en que estaba ocupado ahora el inspector Sidney Blackburn, del Departamento de Homicidios de New Scotland Yard.

Si alguna vez un asesinato se ha cometido prácticamente a la

vista de todos, con un público pendiente de sus detalles y de su atroz desenlace, ése fue el que yo presencié en la última velada del Old Royal Variety aquella noche del seis de febrero de 1970.

Un asesinato en el escenario, ante las luces de las candilejas, no es cosa que ocurra todos los días. Por tanto, habré de aceptar que mi entrada, como personaje relacionado con el caso —y no sabía yo aún cuán grande y profunda sería mi relación con toda aquella espantosa pesadilla que iba a vivir—, no pudo ser más espectacular e incluso original.

Ya había visto al inspector Blackburn en la primera fila de butacas, durante la charla amena, inteligente y documentada de *sir* Randolph Bellair, el especialista en Magia, Ocultismo y temas fantásticos. Yo mismo no estaba nada lejos de la batería escénica, en mi tercera fila de platea, asiento número cuatro, casi en el mismo pasillo central de roja alfombra que partía en dos la platea del Old Royal, con sus majestuosos palcos dorados, sus cortinajes granate, su cúpula con una gran araña de cristal en el centro de un fresco circular, representando algo bíblico bastante complicado.

Por eso vi tan claramente lo que sucedía. Y Blackburn, privilegiado espectador de la escena, puede decirse que tuvo ante sus propias narices el cuarto asesinato, detalle por detalle en su espeluznante e insólito proceso.

Tras una sesión de hipnotismo y sugestión muy lograda, intervino en el programa el conocido duque of Wonderland. Conocido, sobre todo, en el ambiente profesional de circo y teatro de variedades del Reino Unido.

El Duque del País de las Maravillas, arrogante pseudónimo o *nom de guerre* de un inglés enjuto, alto y vivaz llamado Cyril Lomb, se presentaba con su *partenaire*, una hermosa y madura pelirroja llamada Viveca Turnball, que aparecía en escena con un corpiño y una roja capita muy brillante, colgando de sus hombros. El altísimo tacón que calzaba, le daba majestuosidad y estatura, y también cierta estudiada voluptuosidad en el físico. Nos saludó a todos, con su brazo izquierdo en alto, agitando la mano en estudiosa pose de cordialidad y efusión.

Viveca Turnball era algo más que una vulgar *partenaire*; representaba el lado erótico del *show* de Lomb. Número circense hábil y espectacular, con trucos de todo género, terminaba con la

exuberante pelirroja encerrada en una caja de laca roja y paredes interiores negras. Ajustada esa caja, visible el rostro de Viveca por una ventanilla que se cerraba en el momento preciso, antes de iniciar el apoteosis dramático del número, Lomb tomaba una sierra mecánica de mano, que empezaba a vibrar en sus dedos, sujeta firmemente por su empuñadura. Conectada a la corriente, la sierra de cortar traviesas ferroviarias, era un mortal filo dentado en cuanto se posaba sobre algo que debiera hender. La gente contenía la respiración, siempre impresionada por los trucos de esa clase, aunque todos sabían que al final, la atractiva dama saldría ilesa de la caja escarlata.

El duque of Wonderland iniciaba la tarea en medio de un impresionante silencio, sólo roto por la vibración de la sierra eléctrica de mano. Y comenzaba a cortar la caja en trozos, para formar tres o cuatro fragmentos a lo largo de la misma.

Al final, el sangriento truco terminaba, y Viveca Turnball salía ilesa de la caja.

Yo había visto otras veces a Lomb y su truco maestro. Nunca entendí cómo lo hacía, pero lo cierto es que eso ocurre con muchos trucos, incluso entre profesionales. Bostecé, algo aburrido, esperando el desenlace. Lomb, sonriente, unió las piezas aserradas, alzó la tapa y...

Un clamor de pánico, de horror, de estupefacción y angustia, sacudió al teatro en pleno. Cyril Lomb se tornó del color de la ceniza, boqueó y se desmoronó luego como si su cuerpo estuviera hecho de arcilla, desplomándose inerte junto a la caja escarlata.

El inspector Blackburn pegó un respingo, incorporándose de su silla de platea, para precipitarse al escenario, salvando el foso de la orquesta.

Viveca Turnball estaba muerta.

Entonces, las luces se apagaron totalmente. Nos envolvió la oscuridad absoluta, dentro del Old Royal.

Oí un estrépito, y supe que el inspector Blackburn se había precipitado al foso de la orquesta, sorprendido por la súbita oscuridad.

Los gritos de terror arreciaron en torno mío.

CAPÍTULO III

RECUERDOS

La oscuridad no debió durar más allá de dos minutos. Pero fueron los más largos que recuerdo en mi vida. Tanteando, golpeando y zarandeado por gente que pretendía huir, enloquecida, pude salir de la fila de butacas y precipitarme también adelante en vez de buscar una salida. Toqué la barandilla del foso de orquesta, y me lancé a él con cautela, dejándome colgar de la baranda, hasta tocar suelo. Cerca de mí, percibí gemidos.

—Sidney, ¿estás ahí? —indagué en un susurro.

—Sí, maldita sea —jadeó la voz del inspector—. La pierna... Creo que me la he roto. No puedo moverla. Se apagaron las luces justo cuando yo saltaba...

Sonaron silbatos en el interior del teatro, y bailotearon chorros de luz de lámparas eléctricas, contribuyendo a aumentar la confusión. Los agentes de Blackburn pretendían moverse también en medio del oscuro caos, para dirigirse a la escena sangrienta.

—No trates de moverte —susurré—. ¿Quieres que haga algo por ti ahora?

—Quisiera que fueses ahora mismo un agente a mi servicio, Geoff. Pero eso no puede ser. Toma mi pistola. Tantea. La llevo aquí, en el bolsillo interior. Utilízala con serenidad, pero utilízala si es preciso. No llevo linterna. Busca alguna luz, sube al escenario... ¿Viste esa maldita cosa que pasó arriba? No puede ser truco, ¿verdad?

—No, no es truco —hallé la forma rígida, dura y fría del acero de una automática. Lo sujeté con resolución—. No hagas nada. Quédate aquí, Sidney. Veré lo que puedo hacer.

Subí a escena de un salto. Avisé, al sentir la oscilación de una

linterna en la sala:

—¡Eh, agentes! ¡No disparen hacia acá! ¡Soy Geoffrey Symons, periodista, amigo del inspector Blackburn! Llevo su arma...

Prendí un fósforo, pegándome a los bastidores del escenario. La débil llama me mostró una escena muy parecida a la última que impresionó mi retina cuando las luces brillaban: Lomb, tendido en el suelo, inconsciente. El cuerpo decapitado de Viveca Turnball, la caja escarlata, la sierra mecánica desconectada...

Algunos tramoyistas, actores, invitados a la velada y organizadores, corrían de un lado a otro, soltando imprecaciones dentro del escenario, más allá de los bastidores. Busqué en vano la presencia de alguna otra persona inmediata, de algo que explicase lo inexplicable.

Luego, de repente, se encendieron las luces, justo cuando yo me quemaba los dedos con la extremidad del fósforo.

Los agentes de Scotland Yard saltaron al escenario, mirándome con cierto recelo. Luego, descubrieron a su jefe, tendido en el foso de músicos, inmóvil, y entendieron. Uno acudió en su ayuda. Yo me uní a los otros, en la búsqueda de algo o de alguien que ninguno estábamos seguros de lo que pudiera ser. Oí decir que no era fractura lo que había sufrido, sino una simple y dolorosa contusión.

Sir Randolph Bellair acudió a mi encuentro, demudado y convulso. Nos conocíamos ligeramente, y sin duda le resultaba un gran alivio hallar a alguien con quien poder hablar de lo sucedido inverosímilmente ante los ojos de una multitud aterrada.

—Cielos, Symons, ¿usted entiende lo ocurrido? —jadeó—. Ese hombre debió volverse loco, para hacer lo que hizo...

—¿Qué hombre? —indagué, buscando en torno mío.

—¿Quién va a ser? Lomb. Cyril Lomb... Años y años haciendo ese truco, y precisamente esta noche... ¡mata a su *partenaire*!

—¿Está seguro de que ha sido todo un accidente, Bellair?

—Cielos, tiene que ser un accidente. Otra cosa, sería demasiado horrible. Vea al pobre diablo desvanecido ahí... Pero él lo dijo ya antes. Lo repitió cien veces esta noche.

—El dijo... ¿qué? —me interesé vivamente—. ¿Qué es lo que repitió tantas veces, *sir* Randolph?

—Aseguró a Viveca que la mataría. ¡Le juró a la señorita Turnball que iba a cortarle en pedazos de verdad! Y parecía tan

furioso al decir eso...

No supe qué decir. En ese momento, ocurrió lo peor, si es que podía haber algo peor aún. Un agente de Blackburn vino a mí, agitado y sudoroso. Me tiró de la manga.

—¡Venga, Symons, por favor! El inspector nos lo ha hecho notar ahora... ¿Se da cuenta de lo que ha ocurrido en el escenario en el tiempo en que estuvieron apagadas las luces?

Me volví. Miré, perplejo, en busca de algo que fuese diferente a como era antes. Tardé más de lo debido en dar con ello. Mejor dicho, en descubrir su ausencia.

—¡Cielos! —gemí, con un escalofrío—. La cabeza... La cabeza decapitada de Viveca Turnbull... ha desaparecido.

Sidney Blackburn apuró su decimotercera taza de café. O acaso fuese la decimocuarta, no estaba seguro. Lo cierto es que estaba tomando café en cantidades asombrosas para un buen británico, fiel consumidor de té, como marca la tradición.

—Es por el sueño —se justificó ante mí—. Estoy cansado, pero no quiero irme a dormir sin dejar en claro algo de todo este lío.

—¿De veras esperas conseguir tal cosa? —dudé, encogiéndome de hombros.

Sidney no respondió. Paseó como una fiera enjaulada, cojeando acentuadamente, por su despacho de New Scotland Yard. Contempló desde la ventana el Victoria Embankment, el Támesis y el Puente de Westminster, como si todo fuese nuevo para él.

Luego, comenzó a hojear las hojas mecanografiadas por un agente de uniforme, con las declaraciones recientes de *sir* Randolph Bellair, de Cyril Lomb, de algunos testigos presenciales, e incluso de mi mismo. No era la primera vez que lo hacía. Terminó tirándolas sobre su mesa, con un violento gesto de enfado.

—Es absurdo —dijo.

—¿Qué es lo absurdo? —traté de averiguar yo.

—Todo. Del principio al fin. Ese truco repugnante, el fallo de Lomb, la mujer decapitada, la cabeza que no aparece... No tiene sentido alguno, Geoff.

—Lomb terminó su declaración llorando —le recordé—. El pobre diablo asegura que fue un accidente ridículo, inexplicable. La sierra está trucada, no pudo causar daño alguno a Viveca Turnbull.

—Sí. Pero Viveca Turnbull está muerta. Sin cabeza, además.

—Vuestros expertos se llevaron la sierra eléctrica. Imagino que pronto habrá noticias sobre ella...

—Nada cambiará la realidad. La caja se cortó en pedazos. Y con ella, el cuerpo de la mujer, Geoff. Lomb asegura que ella era contorsionista, que se quedaba siempre en la pieza central de la caja cortada, en una contracción increíble para nosotros. El truco resultó durante años enteros. La sangre que brotaba era de unos dispositivos con plasma animal. Y, de repente, todo falla, y el cuerpo de ella aparece segado por el cuello. Eso no tiene lógica, Geoff, a menos que él quisiera hacerlo, o que fallase el truco de la sierra, o que ella no llegara a tiempo de contraer su cuerpo, aunque en ese caso, afirma Lomb que hay un sistema interior de alarma que él capta fácilmente, para detener el experimento en el acto.

—Ese misterio puede tener una explicación plausible, pero ¿qué sobre la cabeza desaparecida? —insinué—. No hubo tiempo material de robarla del escenario, aparte que ese simple hecho, una vez vista la muerte horrible de esa mujer, parece tener poco sentido.

—Mutilación, Geoffrey —dijo sombríamente Blackburn, golpeando su mesa con la pipa vacía, que estaba amazacotando de tabaco de dorada hebra.

—¿Qué?

—Mutilación. Antes fueron otros miembros, recuerda: una mano, un pie, un brazo. Y ahora... una cabeza.

—¿Vuelves a tu teoría inicial? —me sorprendí—. Esto no parece un asesinato, salvo que sea pasional y lo haya cometido Lomb en un arrebató muy propio de las *troupes* de circo. Lo cual tampoco encajaría con los oíros tres crímenes anteriores.

—Es el cuarto asesinato, estoy seguro —sostuvo con energía Blackburn—. Igual que los otros. Mi presentimiento resultó esta noche, Geoff, estaba convencido de ello en todo momento, aunque nunca imaginé que sucediera de ese modo.

—¿Cómo pudo cometerse, de no ser Lomb el culpable?

—El trapecio puede ser roto antes de que suban los acróbatas. Y un coche puede ser estropeado en su motor o sus frenos, sin que su conductor tenga culpa del desastre.

—¿Quiere decir que alguien alteró el juego escénico de Lomb,

para matar a Viveca Turnball de esa horrible forma?

—Eso es, sí.

—Entonces, ¿por qué robar la cabeza? ¿Cómo hacerlo? El ladrón sólo dispondría de un minuto escaso para ello, en plena oscuridad.

—Pudo ser suficiente. Una cabeza humana es un pesado lastre, pero si está todo previsto de antemano, el criminal pudo realizar cada paso matemáticamente, aun en tinieblas.

—Sí, pero ¿con qué intención? ¿Qué puede hacerse con una cabeza humana decapitada?

—Que me ahorquen si lo sé, Geoff. ¿Qué puede hacerse con una mano, un pie o un brazo? Ocultarlos, enterrarlos o destruirlos, supongo. Lo importante, en todo caso, sería la mutilación. Aunque sólo sea como «marca de fábrica» del asesino, si no tiene algún motivo concreto para ello... Estoy seguro; el mismo que decapitó a la Turnball ante todos nosotros, en la mayor impunidad, sea Lomb o no lo sea, cometió los otros crímenes, y fue el mutilador de los demás...

Me quedé absorto. Pensativo. Perplejo. Algo debió pasar por mi rostro, por mis ojos, ya que Blackburn me contempló con aire intrigado, y pareció a punto de interrogar algo, aunque no lo hizo. Yo musité:

—Mutilador...

—¿Sí? —Blackburn enarcó sus hirsutas cejas oscuras, pobladas, foscas incluso.

—El Mutilador... *el Mutilador*, Sidney, ¿recuerdas?

—¿El Mutilador? —resopló él, con perplejidad.

—Eso dije: El Mutilador. Tienes que recordar algo sobre eso...

—Creo recordar, sí —masculló el policía—. Es muy viejo eso, ¿no?

—Mucho —sonreí, escéptico—. Tampoco tiene sentido aparente que se mencione, pero... Me chocó tu comentario de antes. No había relacionado el asunto, claro. Serán casi cien años, o poco menos.

—Espera —de súbito, Blackburn pareció excitadísimo—. Cien años... Sí, debe ser eso, justamente.

Tomó un teléfono. Marcó interiormente, con la Sección de Archivos. Pidió datos sobre El Mutilador. Le hicieron repetir la demanda, quizá desorientados en la sección.

Colgó. Se quedó contemplándome, con una fricción áspera en el mentón, hecha con el dorso de su mano. Oí su voz ruda, pensativa:

—Deberías ser policía, Geoff. Siempre lo dije. ¿Por qué pensaste en eso?

—No sé. Tal vez porque mi abuelo escribió algo sobre eso —sonreí.

—¿Tu abuelo?

—Brian Symons —asentí—. Un escritor que inició la tradición familiar. Recuerdo que él publicó unos folletos sobre el tema. Aún deben estar perdidos en algún desván de casa... Por entonces, había otros asesinos más famosos, como El Destripador, por ejemplo. Ello hizo que el asunto se olvidara con el tiempo, pero tu comentario me lo hizo recordar. También, en aquella época, el asesino creo recordar que mutilaba a sus víctimas, sistemáticamente, despojándoles de alguno de sus miembros.

—Es cierto —convino, nervioso, Blackburn—. Estoy deseando confirmar los hechos, aunque no acierte aún a ver la relación que puedan tener los sucesos de entonces, un siglo atrás.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero haya o no relación, existieron hechos parecidos, y creo interesante buscar en esos recuerdos, por si ahí encontramos las causas de lo actual, o al menos la posible inspiración de ese asesino fantástico a quien persigues.

—¿Fantástico? —él se encogió de hombros—. No sé, Geoff. Yo considero pura fantasía solamente a aquello que no existe. Y mi asesino existe, puedes estar seguro de ello. No sé dónde estará, ni cuál es su identidad o sus motivos, pero existe.

Esperamos unos minutos aún, hasta que un *policeman* uniformado entró con un *dossier* que puso en manos del inspector Blackburn. Éste leyó su cubierta:

—«Asunto El Mutilador» —me miró, pensativo. El *dossier*, amarillo, polvoriento, rancio en todos sus aspectos, revelaba su tremenda vejez. Sacudió la cabeza—. Es muy antiguo todo esto, Geoff.

—Sí, eso creo. Debió ser a finales del pasado siglo, ¿no?

Abrió el *dossier*. Examinó legajos amarillentos, borrosos, de los que se elevó una tenue capa de polvo y hedor a humedad y a vejez.

—Geoff, muchacho... —musitó, contemplándome con asombro—. Data exactamente de 1870. Hace justamente cien años. El

primer asesinato, el de una bella corista de *music-hall*..., tuvo lugar una noche del seis de febrero de 1870..., cuando fue inaugurado el Old Royal Comedy.

—Sí —afirmó gravemente *sir* Randolph Bellair—. Me acuerdo bien. Fue esa noche. Justamente esa noche del seis de febrero de 1870. El Old Royal se inauguró esa fecha. Era domingo. Una fecha poco adecuada para una representación teatral inaugural, sobre todo en nuestro país. Sin embargo, el acontecimiento de la inauguración, por motivos políticos, relacionado con la ausencia de Londres por varias semanas de la familia real, exigió esa inauguración apresurada. El programa de inauguración correspondió al circo Victoria Festival, con altas variedades y figuras de la escena muy populares entonces.

—¿Recuerda usted todos esos detalles? —me admiré—. Es usted una enciclopedia viviente, *sir* Randolph.

—Posiblemente, pero sólo sobre circo, magia e ilusionismo, mi querido amigo —sonrió el aristócrata, tomando un sorbo de oporto con majestuosa arrogancia—. Han sido la pasión de mi vida. A mis sesenta y cinco años, lamento no tener ciento y pico, para haber presenciado esa efemérides que obtuve de viejas publicaciones, de testigos presenciales, como mi abuelo *sir* James, que por entonces tenía ya a su hijo Randolph, el que sería mi padre. Pero papá no gustó nunca de esas cosas, y cuánto sé de la época lo conseguí a través de mi abuelo, que me refería los hechos cuando ya tenía ochenta y tantos años.

—Al menos, puede decirse que obtuvo los datos de modo casi directo, por intermedio de un testigo presencial —sonreí—. Yo he leído algo de todo eso, pero mi abuelo Brian no llegó a conocerme. Murió mucho antes de nacer yo, *sir* Randolph.

—El viejo bribón de Brian Symons —rió *sir* Randolph entre dientes, moviendo su canosa cabeza aristocrática—. Lo recuerdo muy bien, siempre a través de los relatos de mi abuelo James. Un bohemio, escritor y mujeriego, aficionado al buen *brandy*, la absenta y los amores fáciles, tanto como a la pluma. Creo que escribió hasta folletones de crímenes, para ganar dinero fácil. Por entonces, la gente era partidaria de ese tipo de literatura.

—Sí —dije despacio, frunciendo el ceño y dejando vagar mi

mirada por la suntuosa residencia de *sir* Randolph Bellair, en el corazón mismo de Regent's Park—. El escribió una serie completa sobre El Mutilador y sus crímenes, *sir* Randolph.

—El Mutilador... —¿se había estremecido *sir* Randolph, o fue simple ilusión mía? Creo que nunca lo sabré a ciencia cierta—. Cielos, esos sórdidos personajes... Nunca se supo quién era, ¿verdad?

—No, *sir* Randolph, se equivoca —suspiré—. El que desapareció sin dejar rastro de su suerte o su identidad, fue Jack, *el Destripador*. En cuanto a El Mutilador, sí fue descubierto. Y ejecutado en la horca, *sir* Randolph.

—Oh, ahora recuerdo. Mi abuelo James también mencionaba eso a veces, pero nunca fueron su fuerte los sucesos, sobre todos los particularmente desagradables y macabros. Mató a bastante gente, ¿verdad, Symons?

—Bastante —asentí—. Siete, con exactitud.

—Siete crímenes —pestañeó—. ¡Qué atrocidad!

—Incluso matar a un solo ser humano es atroz —reflexioné en voz alta, sin dejar de contemplarle—. ¿Qué le pareció lo de anoche en el Old Royal?

—Dios mío, no me lo recuerde —ahora sí que se estremeció. Agitó una mano hacia un montón de periódicos sobre un mueble—. Hoy no he leído la prensa siquiera. No vale la pena, puede crearme. Incluso un diario respetable y serio como el *Times*, le dedica la primera página al suceso... Ya no hay honestidad en ninguna clase de prensa, amigo mío.

—Tienen que informar al público, *sir* Randolph. Es la misión del periodista. Los sucesos de anoche fueron escalofriantes.

—Escalofriantes, sí. Es la palabra... —repentinamente se irguió, puso cara de sorpresa y me contempló como si yo fuese una extraña especie de insecto metido en su casa por error—. Y ahora que lo pienso, Symons, ¿usted por qué ha venido a verme? ¿Qué desea de mí exactamente?

—Exactamente, deseo hablar con usted del pasado.

—¿El pasado?

—Eso es. El pasado del Old Royal. Que puede ser el pasado de la vida teatral... y el pasado de unos crímenes que se repiten extrañamente ahora, *sir* Randolph.

—Temo no entenderle bien, amigo Symons...

—Seré más explícito. La inauguración del Old Royal estuvo ya teñida de sangre. Usted, que tiene tan sorprendente memoria, usted que conoció aquella época a través de un directo testigo de los hechos, como su abuelo *sir* James Bellair, forzosamente tiene que saber que, apenas terminada la representación inicial, El Mutilador inició su siniestra tarea en el teatro, asesinando a una bella corista del circo Victoria Festival.

—Por Dios, Symons, sólo habla de temas espantosos hoy...

—Es que todo es espantoso. Lo fue antes, y vuelve a serlo ahora, no sé por qué. A ese asesinato injustificado en apariencia, siguió otro, meses más tarde. Justamente cinco meses después. Ahora ocurrió en Lambeth Road, entre la iglesia de Lambeth y el Geraldine Mary Harmsworth Park. En esta ocasión, la víctima fue un hombre. El famoso *clown* e ilusionista Barry Morlock.

—Todo resulta escalofriante.

—Sí, es verdad. Como lo fue el tercer crimen. Y el cuarto en que, casualmente, como ahora ha ocurrido, fue la cabeza la que seccionó el criminal, en un barracón de feria de Earls Court, a un prestidigitador muy popular, ya en el declive de su vida profesional: *Manos Rápidas* McDermott. Como el *clown* Morlock y la corista, se relacionaba con el Old Royal, donde habían actuado anteriormente. Y la tercera víctima, un músico, pertenecía a la orquesta oficial del teatro... Así hasta el séptimo asesinato, *sir* Randolph. Todos del mundillo teatral o del espectáculo. Todos relacionados con el Old Royal.

—Vino a que le hablase yo del pasado, pero usted lleva el peso de la charla —observó, pensativo, el aristócrata—. ¿Qué espera que le diga yo a todo eso? ¿Por qué ha venido?

—Soy amigo del inspector Blackburn, de Scotland Yard, que lleva la investigación del caso actual. Me ofrecí a cooperar con él, aprovechando mi relación con usted, *sir* Randolph. Si le molesto, naturalmente no está obligado a escucharme, ni tan siquiera a permitirme continuar en su casa...

—Por Dios, Symons, no hable así —agitó una mano, interrumpiéndome—. Sabe que, aunque no exista entre nosotros una profunda amistad, nuestro común amor al mundo del espectáculo nos liga en cierto modo, aunque yo tenga una más

definida afición dentro de ello, como es todo lo relacionado con la magia y lo sorprendente, desde el Gran Houdini hasta nuestro infortunado Duke of Wonderland, el pobre Lomb, que anoche decapitó inexplicablemente a su *partenaire*.

—Hablemos de eso, por favor, *sir* Randolph —pedí rápido—. Usted citó ciertas palabras amenazadoras de Lomb a Viveca Turnball, antes de su número...

—Estoy convencido de que las profirió sin intención alguna, en un momento de ira.

—Pero las pronunció, que es lo que cuenta. ¿Imagina por qué, *sir* Randolph?

—No, no lo imagino —suspiró—. Lo sé.

—Lo sabe... —le estudié, interesado—. ¿Va a decírmelo?

—Detesto los chismorreos y maledicencias del mundillo teatral, Symons.

—Le comprendo. Pero esto es algo más que chismorreos. Una mujer murió terriblemente. Hay otras muertes inexplicables, relacionadas de nuevo con el Old Royal. ¿Cree que debe callar lo que sepa?

—No lo sé. Me pone en un dilema, Symons... —inclinó la cabeza—. Está bien. Le diré algo. Lo que mucha gente del mundo teatral y de circo conoce. Lomb amaba a Viveca. Eran amigos.

—Ya. ¿Y había alguien por medio, o eran simples celos de Lomb hacia ella?

—Celos justificados. Había alguien por miedo.

—¿Quién?

—Un guapo joven de la profesión. También actuaba en la velada de anoche, como *médium* espiritista y sujeto parapsicólogo. Lo que ocurre es que no llegó a intervenir, al interrumpirse el programa de tan trágica manera.

—¿Sabe su nombre?

—Por supuesto: Derek Marsh. Procede de una familia decadente, enfermiza y arruinada, pero sus antepasados fueron gente rica y prestigiosa. Una vida libertina los arruinó, a medida que enfermaban incluso de dolencias venéreas y cosas así. Derek Marsh no parece tampoco nada saludable, pero posiblemente su apariencia engañe un poco. Es fuerte, aunque su mente sea particularmente débil y sensible a los efectos de una sesión extrasensorial. Como

médium es excelente, eso sí.

—¿Había relaciones entre él y la Turnball?

—Estoy convencido.

—¿Pudo Lomb actuar movido por unos celos irrefrenables?

—Posiblemente, sí. Pero yo no lo creo.

—Tampoco yo —suspiré—. Falta explicar la desaparición de la cabeza. Lomb estaba desvanecido. No se movió en todo el tiempo. No pudo incorporarse, recoger la cabeza, ocultarla y volver a tenderse, fingiendo su desvanecimiento. La cabeza no está en parte alguna del escenario, ni cerca de éste. Y Lomb sólo dispuso, como cualquier otra persona, de poco más de un minuto para, actuar en la oscuridad.

—Usted lo ha dicho: cualquier otra persona también. ¿Dónde dejaron, entonces, el miembro mutilado de Viveca Turnball?

—Conforme. No está nada claro eso, *sir* Randolph —me incliné hacia él, con vivo interés—. Yo lo que me pregunto es: ¿cómo pudo suceder eso, dónde está la cabeza de Viveca, qué oculta ese crimen? ¿Se relaciona con otros tres anteriores que investigaba el inspector Blackburn? ¿Existe la más leve relación entre los crímenes actuales y los siete de hace cien años, relacionados a su vez, como ahora, con el Old Royal, que va a ser derruido en breve?

—Muchas preguntas son ésas, amigo mío —murmuró *sir* Randolph, perplejo—. Demasiadas, para hallar fácil o rápida respuesta a todas ellas.

—Sé que no serán rápidas ni fáciles. Lo importante es que tengan respuesta.

—Yo temo que no pueda dársela, Symons. Ignoro tan espantosa historia.

—*Sir* Randolph, yo voy a buscar entre las pertenencias de mi abuelo Brian, por si fuera posible hallar en ellas algo de interés. Aunque cien años son muchos años para desempolvar recuerdos, para remover el pasado, en busca de algo que no esté ya apolillado, olvidado, enterrado en el mayor olvido...

—¿Será una búsqueda eficaz? Ningún asesino vive cien años, Symons. Ni siquiera El Mutilador... Tienen que ser coincidencias, meras casualidades...

—Demasiadas casualidades y coincidencias —negué, rotundo—. *Sir* Randolph, trate usted de buscar también por su parte. *Sir* James

tendría escritos, libros, cosas de entonces, que acaso puedan sernos una ayuda.

—Le prometo intentarlo —asintió *sir* Randolph, cortés pero algo frío. Me estudió, pensativo—. Creo recordar que me habló de un asesino ahorcado entonces por aquellos crímenes.

—Así fue —afirmé, entornando los ojos, tratando de evocar con mi simple imaginación algo que no había presenciado, algo sucedido setenta años antes de nacer yo... Y referí aquello que me era conocido—: Fue en 1873... Tres años después de iniciarse la serie de crímenes... Ajusticiaron al culpable. El siempre negó ser culpable. Murió en el patíbulo jurando su inocencia. Nadie le escuchó, porque las pruebas eran abrumadoras. Otros afirmaron que estaba loco, y algunos médicos intentaron salvar su vida, haciéndole internar por demencia, pero el recurso no prosperó, y la justicia, harta acaso de soportar feroces asesinos sexuales y maníacos de todo tipo, hizo colgar de la horca al presunto responsable de los siete asesinatos.

—¿Que resultó ser...?

—El doctor Frankenhimer. Austin Frankenhimer, cirujano e investigador biológico..., especializado en experimentar hasta entonces fallidos injertos de miembros humanos en una persona mutilada. Y acusado también de robar cadáveres en los cementerios para sus experimentos ilegales...

CAPÍTULO IV

MANUSCRITO

—Soy inocente, Symons. ¡Soy inocente..., y van a ajusticiarme! Le miré pensativo. Afirmé despacio.

—Lo sé —dije—. Sé que es inocente, doctor Frankenhaimer.

—¿Lo sabe? —se excitó él—. ¿Lo sabe... y no va a decir nada a esa gente, a los policías, al alcaide de Newgate, al juez, a los periodistas, a la opinión pública?

—Su inocencia es de un cariz que no me permite defenderle, ni intentarlo siquiera, doctor —suspiré—. De cualquier modo, no podría hacerlo. No tengo prueba alguna, no poseo evidencias que destruyan todas las que el fiscal acumuló contra usted.

—¡Pero yo no maté a esos siete desdichados! ¡Juro que no lo hice, Symons!

—Claro que no. Usted no lo hizo. Austin Frankenhaimer, la persona inteligente, sensible, culta e inquieta, el científico que lucha por mejorar al ser humano y salvar vidas en el futuro, no mató. No hizo nada a nadie. Pero había otro ser dentro de usted. Otro hombre que sí era capaz de todo por llegar a la meta ansiada. Su segunda personalidad, desligándose de la primera, se convertía en rectora de sus actos, desdoblándose y haciendo surgir a la bestia escondida que todos llevamos dentro.

—Pero... ¿Qué está diciendo, Symons? —se horrorizó el doctor Frankenhaimer, contemplándome con repentino horror—. No puede hablar así en serio...

—Claro que hablo en serio, doctor. Usted, que es un hombre de ciencia, puede saberlo mejor que nadie. La mente humana puede ser una cumbre o un abismo. En usted es ambas cosas a la vez. Se desligan sus identidades, y el hombre deja paso al monstruo. El Bien

se aletarga, para que el Mal emerja triunfante, siquiera sea por unos momentos. Los precisos para destruir, para matar, en un erróneo medio de buscar la perfección y el bien...

—Es monstruoso lo que dice. ¡Ninguno tenemos dentro dos tendencias opuestas, Symons! Somos inocentes o culpables, eso es todo. Y yo..., yo soy inocente.

—Quiere ser inocente. Y cree ser inocente —dije, con paciencia, incorporándome cuando percibí en la distancia los pasos sordos, rítmicos, de los celadores y funcionarios que venían en la fría madrugada de noviembre, con Londres envuelto en brumas, a buscar a Frankenhimer para conducirlo al cadalso—. Quizá incluso haya llegado a esconder su otra identidad, la del asesino mutilador, en un rincón hermético de su cerebro. Sólo espero que en el instante postrero, una luz interior le permita verse a sí mismo en su exacta dimensión, doctor..., y entonces comprenda. Comprenda, y sepa por qué le castigó la sociedad, el mundo, la justicia de los hombres...

Me miró. Me miró de un modo que creo que nunca olvidaré mientras viva. Creo que, por vez primera, los claros ojos helados y lúcidos del doctor Austin Frankenhimer, cirujano y biólogo de grandes ideas, revelaron cierta indecisión, cierta duda, cierto auténtico terror a algo que estaba más allá, mucho más allá de la impresionante sombra tétrica de la horca.

—Es posible que alguna vez alguien hable igual que usted lo hizo ahora, y revele al hombre su doble identidad posible —musitó—. Es posible. No sé si será cierto o no. Pero pudiera suceder, y me alegraría que, de ser auténtica su teoría, sirviera para limpiar la mente humana de sucios retorcimientos[1]. Ahora dudo, Symons. Usted me ha hecho dudar de todo, incluso de mí mismo. Si fuese culpable sin haberlo sabido conscientemente, justo será mi final. Si no lo soy, Symons..., que la maldición de mi sangre y de mi vida sacrificada torpe y erróneamente caiga sobre quienes de usted desciendan, y sobre aquellos que me condenan y sus descendencias mismas.

Yo creo que sonreí. Lo creo. No estoy seguro.

—No me asusta su maldición, doctor —le respondí, sereno—. No la temo, porque sé que es culpable, aunque vaya a morir sin admitirlo. El cerebro humano es una diabólica trampa para nosotros

mismos. Trampa en la que caemos frecuentemente, por afán de perfeccionamiento unas veces, y por pretender ir más deprisa de lo que fuera de desear, adentrándonos en lo desconocido, vedado al ser humano por el momento...

Frankenheimer me escuchaba en silencio. Acaso en su mente se encendía un resquicio de luz que alumbraba para él ocultos horrores, por vez primera. Quizá era sólo una duda, y no una convicción. Pero lo cierto es que antes de partir hacia el patíbulo de Newgate, en su último paseo por la vida, me tendió su mano, fría y húmeda, que estreché sin reparos.

Y me dijo, parsimonioso, lento y como apático:

—Gracias por todo, Symons. Por su visita, por su charla, por su teoría, atinada o no... y por su valor al hablarme así. Es la primera persona que lo ha hecho desde que fui acusado de esos siete atroces asesinatos. Si no soy El Mutilador, que mi odio sobreviva a mi existencia, y mi rencor a mi paso por el mundo. Si soy culpable..., cúmplase la ley en mí. De cualquier modo, recibirá algo un día de éstos. Algo que parecerá llegar de ultratumba. Pero que será solamente mi póstumo regalo para usted, Symons.

No le entendí. Ni él me lo aclaró. Se marchó, sencillamente, hacia el patíbulo. Eran las seis menos diez de la mañana. A las seis y ocho minutos, todo había terminado. La ejecución estaba cumplida.

Allí terminó para todos la historia de El Mutilador de Londres.

Para todos, menos para mí.

Porque yo, Brian Symons, sí recibí aquel «envío de ultratumba» de Austin Frankenheimer. Lo recibí cuando llevaba ya cuarenta y ocho horas sepultado.

Era algo muy simple. Un manuscrito.

Un manuscrito firmado por Austin Frankenheimer, pero cuya letra tenía extrañas diferencias con la letra real del cirujano ejecutado.

Supe lo que era, porque su mano temblorosa lo había escrito sobre el envoltorio lacrado, en la misma brumosa madrugada de su ejecución:

Para abrir después de mi muerte.

*Sólo está autorizado Brian Symons a abrirlo, leerlo,
poseerlo o destruirlo.*

Es mi última voluntad.

Éste es el manuscrito del otro Frankenhimer. El entenderá.

Firmado:

Austin Frankenhimer, M.D. and Surgeon

Eran sus memorias o apuntes. El manuscrito del «otro» Frankenhimer. Del asesino llamado El Mutilador.

Podría terminar este último folletón de *El Mutilador y sus crímenes horribles*, con el relato de su manuscrito póstumo, enviado a mí justamente al pie del cadalso de Newgate.

Pero no sería justo. Ni honesto. Porque Austin Frankenhimer, doctor en Medicina y cirujano, me pedía, al término de su manuscrito:

«Ahora, el que esto lea, sabe la verdad sobre mí. Una verdad que a mí mismo me oculto siempre. Que mi “otro yo” desconocerá siempre. Sólo la escribo cuando soy El Mutilador y la olvida el bueno y apacible doctor Frankenhimer que soy de nuevo cuando llega el día.

»Sólo espero que quien lo haya leído, sea porque merezca mi confianza. Y compasivamente juzgue con honradez si merece publicarse mi historia o no.

»Tú, lector de mi historia completa, de mi terrible y sórdida historia, juzga y decide. Gracias».

Ahí terminaba él su manuscrito. Por eso he juzgado. Y he decidido.

Por eso no edito sus memorias. Por eso nunca las editaré, lector amigo.

Fin de *El Mutilador y sus crímenes horribles* Autor:
BRIAN SYMONS Londres, 1874 – 3.a edición.

Cerré el folletón número sesenta de la serie firmada por mi abuelo.

No había duda de que los cuadernos ochocentistas, el relato por entregas, tuvo gran éxito por entonces. Tres ediciones en un año

demostraban su auge popular. Por desgracia, el estilo literario de mi abuelo Brian no podía entusiasmarme en modo alguno.

Suspiré, contemplando el montón de cuadernos impresos casi un siglo atrás, de amarillento, manchado, a veces ilegible papel, perdido en el viejo desván de la casa antigua donde ya no residía ningún Symons. Faltaban algunos, pero estaban casi la totalidad. Lo que no había encontrado, ciertamente, era el famoso manuscrito que, posiblemente, se inventara el abuelo Brian en un alarde de imaginación y de pretendido realismo. Incluso su entrevista postrera con el condenado a muerte, no me convencía mucho en cuanto a su realidad.

Pero todo eso añadió sin duda alicientes sobrados a la obra por cuadernos, cuyo público, ávido de sensacionalismos, debió comprar masivamente aquel engendro que ahora apestaba a polilla, a polvo, a desván de objetos perdidos en la distancia de otro tiempo.

Sin embargo, allí estaba el final de una cadena sangrienta ya muy lejana. Siete crímenes inexplicables, de una especie de doctor Jekyll, si había que dar crédito a la teoría de mi abuelo. Como ahora estaba sucediendo, exactamente.

Seguí buscando en el viejo desván. Aparté ediciones y más ediciones de viejos folletines. Historias rocambolescas, episodios de eternos ladrones de guante blanco, asesinos de frac y cosas así.

No encontraba el manuscrito citado en la obra. Me dije que era una tontería seguirlo intentando. El manuscrito sólo existiría en la imaginación fecunda de Brian Symons, y nada más.

Abrí el último arcón herrumbroso, de bandas de metal oxidado y apolillada madera llena de carcoma que la deshacía entre los dedos. Separé montones de fascículos de anticuada impresión, para poner los demás folletos allí dentro. Se me desmoronó un montón de hojas amarillas, y traté de arreglar el desaguisado, tosiendo entre una polvareda con olor a moho.

Entonces lo vi.

Estaba allí, al fondo. Envuelto en un papel oscuro, atado con cordel. Sobre su cubierta se había escrito, en letra con tinta blanca, legible y amplia:

MANUSCRITO DEL DOCTOR AUSTIN
FRANKENHEIMER

El manuscrito. No fue una invención de mi abuelo. Existía. Y estaba allí, ante mí, en el fondo polvoriento del arcón.

Me incliné a recogerlo. Lo alcé entre mis manos, sacudiendo la polvareda que envolvía el atado de viejos folios color ocre, gastados y desiguales.

Tal vez estaba allí la explicación de una vieja historia de sangre, terminada cien años atrás. Tal vez. E incluso posiblemente el origen remoto de su repetición hoy en día, en pleno siglo xx, en un Londres donde los fiacres, empedrados, macferlanes y las gorras de visera para el *cricket*, habían sido sustituidos por los coches deportivos, el asfalto, la minifalda, las melenas de los «in» y la música renovadora de los Beatles.

Me dispuse a volverme, para salir del angosto desván de techo bajo de mi vieja casa en Spitalfields, la antigua vivienda de los Symons, que vendería en cualquier momento a una inmobiliaria, para que levantasen allí algo más práctico y moderno.

Fue como si el techo empinado, bajo el que tenía que caminar encorvado, se derrumbase súbitamente sobre mí, aplastándome bajo su mole. Al menos, esa impresión fue justamente la que experimenté.

Me cayó encima el impacto inesperado, súbito e insospechado, sentí que mi cráneo estallaba en mil pedazos, o poco menos, y tras ver un carrusel deslumbrante de luces, girando delante de mis ojos a velocidad de vértigo, todo se hizo oscuro y yo me sumergí en esa oscuridad sin fin, dejando de sentir cosa alguna.

Sidney Blackburn me contempló pensativo. Luego, meneó la cabeza de un lado a otro.

—No lo entiendo, Geoff. No entiendo nada de nada —dijo.

—Tampoco yo —terminé de adherir la segunda tira cruzada sobre la herida de mi occipital, e hice un gesto de dolor ante el espejo manchado, vetusto, encima del viejo lavabo de porcelana—. Pero ha ocurrido, Sidney.

—Sí, ya lo veo —arrugó el ceño—. ¿Seguro que no has soñado y te caíste de la cama o cosa parecida?

—Vete al diablo —me enfadé—. Tenía ese manuscrito en mis manos cuando ocurrió. Iba a salir del desván, y todo pareció venírseme encima.

—Entiendo, Geoff. Bromeaba. Es indudable que alguien te atacó por la espalda. ¿Viste a esa persona de algún modo?

—Ni siquiera vi a una persona. No vi nada, Sidney. Al volverme recibí el mazazo, y todo se borró ante mí. Acaso creo haber vislumbrado una sombra ante mí, eso es todo.

—Trata de recordar. ¿Qué clase de sombra?

—No sé... —arrugué la frente—. No sé...

—¿Hombre, mujer? ¿Alto, bajo? ¿Fuerte, delgado?

—No puedo saberlo —suspiré—. Me duele la cabeza si me concentro. Y no vi apenas nada.

—¿Cómo pudo entrar en tu casa?

—Es cosa fácil. La casa es vieja, apenas tiene nada dentro de valor, salvo algún mueble carcomido, y ese descuidado desván lleno de papelotes inútiles. Dejé abierto al entrar, subí al desván, busqué allí... y el resto ya lo sabes. Cuando me recuperé y bajé, para llamarte por teléfono desde la carretera, todo seguía igual. Abierta la puerta del desván, la vidriera del exterior... y ni rastro de persona alguna.

—Ya veo —miró alrededor, a los muros desnudos, el suelo polvoriento, la ausencia de luces, de lámparas, de cortinas o alfombras, los hilos cortados, del teléfono dado de baja hacía lustros. De repente, se inclinó, examinando el suelo—. Eh, mira. Hay mucho polvo, Geoff.

—Claro. ¿Qué esperas encontrar en una casa deshabitada hace ya...? —me detuve. Le entendí. Me incliné junto a él—. Hay huellas más. Habrá otras más, ¿no?

—Perfecta deducción —aprobó, chascando la lengua—. El detective aficionado Geoffrey Symons en acción. Buen título para una obrita de tu abuelo Brian, ¿no crees?

—Seguro —reí entre dientes. Miré la película de denso polvo en el pavimento. Mostré algo—. Mira. Huellas grandes. Al menos, dos números o tres mayor que mi calzado.

El asintió ceñudo. Tocó esas huellas. Sacudió la cabeza y miró al lluvioso, nublado exterior. Londres se fundía en la niebla lechosa.

—Chanclos de goma —dijo, desilusionado—. Útiles en días así. Y muy útiles incluso para ocultar el auténtico tamaño de un pie. Podría tener cuatro números menos que tú, y dejar esas huellas con chanclos de goma, Geoff. De modo que eso no nos soluciona nada.

—Cierto —convine. Me incorporé, señalando al exterior—. Ven, Sidney.

Me siguió hasta el parterre exterior. La lluvia charolaba el asfalto más allá del seto descuidado de la casa. Me agaché en el bordillo de la acera arbolada de Brick Lane. Mostré huellas de barro en la calzada.

—Un automóvil —rezongó, mirando de reojo mi pequeño «Morris» rojo—. Se detuvo ante el tuyo, bajó alguien y te siguió, golpeándote. Eso es lo que piensas, ¿no?

—Más o menos —convine—. Podríamos sacar fotos de esas huellas, examinarlas ampliadas, por si hay medio de aclarar algo...

—Espera —suspirió él, señalando a su coche negro—. Llamaré a Scotland Yard para que vengan dos expertos. No creo que resolvamos nada, pero vale la pena probarlo.

Acudimos allá. Descolgó el radioteléfono y comunicó con New Scotland Yard. Pidió una pareja de técnicos, informando sobre el suceso y sus necesidades más perentorias. También reclamó una patrulla móvil para que acudiese en el acto a cubrir el hueco situado en el bordillo, evitando que cualquier otro coche pudiera aparcar allí, arruinando las posibles huellas dejadas por el vehículo anterior.

En Scotland Yard asintieron a todo. Luego, le indicaron que no se moviera, porque había noticias de urgencia para él. Blackburn cambió conmigo una mirada impaciente y aguardó. El sonido de la voz del centro telefónico de la policía era claramente audible para mí.

—Me pregunto qué diablos querrán ahora —masculló el inspector, impaciente.

No tardó mucho en salir de dudas. Una voz fuerte le informó. Pude escuchar con nitidez sus palabras:

—Inspector Blackburn, estaba tratando de localizarle ahora. Llamé a su coche por radioteléfono en dos ocasiones, sin recibir respuesta...

—Estaba ocupado en un asunto. ¿Qué ocurre, Williams?

—Me temo que lo peor, señor... —una breve pausa. Luego, el impacto—: Creo que tenemos ya un quinto asesinato, señor. Otro cadáver mutilado...

CAPÍTULO V

LA QUINTA VICTIMA

El quinto asesinato.

Era aquél. Había pocas dudas al respecto. Yo, al menos, no las tuve.

Hundí las manos en los bolsillos de mi sobretodo. La llovizna, fina y pertinaz, caía molesta sobre nosotros. Alrededor nuestro, el paraje tenía verdes oscuros, siena intenso y grises de acuarela tristona. Londres, al fondo del panorama de Paddington Ground, era un amasijo pardo y grisáceo, feo y borroso por la niebla. El edificio de los estudios de la BBC se alzaba ante Shirland Road y el Grand Union Canal, no muy lejos del punto donde yacía el cuerpo ensangrentado.

Las banderitas de colores de un cercano campo de golf se agitaban tristes y lacias, mojadas por la lluvia y movidas por el aire, húmedo y desapacible. Todo era triste allí. Especialmente, el cadáver.

Volví a contemplarlo, taciturno, y el ala de mi sombrero chorreó agua desde el fieltro hasta la hierba del amplio rectángulo de césped, entre la iglesia y la escuela vecinas.

Yo conocía al muerto. Se lo había dicho a Blackburn apenas me encaré con el sombrío espectáculo:

—Es Talbot —expliqué—. Damon Talbot, el mago.

Damon Talbot, el mago. Una figura del circo y las variedades. Igual hacía desaparecer a tres mujeres en escena, que extraía de un sombrero de copa una docena de conejos y diez palomas blancas. También presentaba números de pseudoespiritismo. Era ya un hombre maduro, cerca de su jubilación, pero aún era el mejor en su género.

El aspecto que presentaba su cadáver era atroz.

Blackburn y yo nos miramos. Pensábamos lo mismo. Estábamos igual de impresionados. Hay cosas a las que uno no se llega a habituar, ni aun siendo policía.

—¿Te das cuenta, Geoff? —me dijo—. Es una locura. Una carrera disparatada y horrenda.

—Me doy perfecta cuenta —asentí—. Nunca vi una pesadilla semejante.

—Yo tenía razón. Hay un maníaco suelto, un monstruo de maldad y de furia, Geoff.

—Sí, pero ése no puede ser Frankenhimer —sonreí tristemente—. ¿O sí?

—Dios, qué tontería. Claro que no. De eso hace cien años, Geoff. Nadie sobrevive a la horca y vuelve a los cien años a continuar su tarea.

—Entonces, ¿qué estamos buscando?

—Si yo lo supiera... —se encogió penosamente de hombros. Parecía abatido, una losa invisible le pesaba intensamente sobre las espaldas—. Al menos, tú no tienes nada que buscar. Haces esto por simple deporte, no por obligación como yo.

—Un deporte peligroso —señalé mi cabeza con el apósito cruzado—. Pudieron matarme, Sidney.

—Si fue el asesino quien te atacó, sí. Pudo matarte. Me pregunto por qué no lo haría, en ese caso —convino preocupado Blackburn—. Hazme caso, Geoff. Deja esto. Soy policía. Es mi trabajo. Pero no el tuyo. No tienes por qué correr riesgos, Geoff, ni siquiera para escribir un buen artículo en tu semanario.

—No lo hago por eso —suspiré—. Sencillamente, recuerdo con horror la velada de anoche. Esa terrible muerte en el Old Royal... Y ahora, esto... Damon Talbot era una excelente persona. Yo le conocí, Sidney. Es injusto hacer esto con las buenas personas.

—Es injusto hacerlo con todo el mundo —puso su rodilla en el césped, junto al muerto. Alrededor nuestro, a alguna distancia, los perfiles familiares y sobrios de los *bobbies*, con sus cascos tradicionales y su uniforme azul oscuro[2], se mezclaban con los civiles agentes especiales de homicidios de New Scotland Yard. El lugar estaba acordonado desde el hallazgo del cadáver por un jugador de golf del cercano Paddington *Sports* Club. Le vi rebuscar

en sus ropas. Finalmente, con documentos, billetes, monedas, un llavero y algunas otras cosas vulgares, como cigarrillos y un encendedor de acero inoxidable, mostró dos cosas en sus manos: una carterita de fósforos de fondo negro, igual que una tarjeta adhesiva para un parabrisas. Ambas cosas con unas cifras de arabescos y el perfil de un caballero Victoriano con macferlán y chistera: «Club 1800-Archers Lane».

—Club 1800 —recordé, chascando la lengua—. Oí hablar de él. Está cerca del Old Royal.

—Lo sé. Talbot usaba encendedor. Tiene fósforos y adhesivo del Club 1800. ¿Qué significa eso?

—Que estuvo allí y aceptó el obsequio —sonreí débilmente—. Elemental, querido Watson.

—Admirable Holmes —remedó él, sarcástico, pero con una mirada sombría que contrastaba con su indómito sentido del humor. Volvió los dos objetos con el resto de pertenencias del difunto—. Otra vez la relación con el Old Royal, ¿no?

—No sólo eso —suspiré—. Talbot debutó hace años en el Old Royal. Allí tuvo sus mejores éxitos.

—Lo que faltaba... —se quejó, plañidero, apartándose del difunto—. ¿Vamos, Geoff? Aquí tenemos ya poco por hacer. Es cosa de los especialistas, simplemente. Me gustaría investigar más a fondo en el Old Royal, hablar con su empresa, con la gente más directamente, relacionada con ese maldito y viejo teatro.

—Creo recordar que su empresario y actual propietario del solar que será adquirido por la inmobiliaria o el Banco de turno, es una persona importante en lo social y lo económico e incluso en lo político: lord Walpole. Thomas F. Walpole exactamente.

—Lord Walpole... —lanzó un silbido entre dientes el inspector Blackburn, como asustado por el nombre del personaje—. Cielos... Me disgusta tratar de temas policiales con gente así, Geoff.

—Lo creo —reí—. De cualquier modo, tendrás que hacerlo, si quieres ahondar en la historia del viejo coliseo de Shaftesbury.

—Lo haré —me miró, casi patético—. ¿Podrías ayudarme tú a...?

—Sí —afirmé, sonriendo—. Te ayudaré.

Ríe dio un palmetazo que casi me deja sin aliento. Luego, nos encaminamos a su coche negro oficial, partiendo de Paddington en

la brumosa y fea tarde. En aquellos momentos, mi amigo estaba tan confuso y desorientado como yo mismo. No teníamos la menor idea de lo que estaba sucediendo. Era ilógico pensar en una hipotética relación entre unos crímenes separados por cien años de paréntesis. Pero...

Antes de llegar a la residencia particular de lord Walpole, en Oxford Road, no lejos de Hyde Park, el radioteléfono sonó nuevamente en el coche de Blackburn. Tomó él la llamada, deteniéndose en un cruce con semáforo rojo, en Edgware Road, y escuchó atentamente lo que le decían. Cuando colgó, su cara era una máscara de auténtica estupefacción.

—¿Pasa algo raro? —quise saber.

—¿Raro? —gimió—. Me pregunto si ocurre aquí algo que sea normal. Geoff, acaban de informarme del resultado del examen de las huellas dejadas por el vehículo que se detuvo ante tu casa antigua cuando fuiste atacado.

—¿Y bien...? —enarqué las cejas, expectante—. ¿Qué ocurre con ello? No sería un submarino...

—Un submarino resultaría casi más lógico que esto —se quejó Blackburn, muy pálido—. Incluso aunque fuese amarillo, y viniera de Pipperland... [3].

—En conclusión, ¿qué clase de maldito vehículo aparcó allí, Sidney? —me impacienté.

Y él me lo dijo:

—Un fiacre, Geoff. Un fiacre tirado por caballos... Un carruaje de hace cien años, sencillamente...

Era un buen oporto. Un excelente oporto el de lord Walpole.

No sé si Blackburn lo saboreaba con la misma fruición que yo o no. Sus preocupaciones eran mucho más profundas que las mías. Es posible que en esos momentos su mente y su paladar estuvieran muy lejos de la suntuosa residencia de lord Walpole, de su biblioteca, digna del palacio de Buckingham, y de la copa donde el magnífico vino podía ser saboreado calmosamente, entre muebles confortables, alfombras muelles y silenciosas, cortinajes espesos de terciopelo, óleos familiares enmarcados en caoba, y con la amplia araña de cristal majestuosamente suspendida sobre nuestras cabezas.

Uno de los cuadros, el de un antepasado de lord Walpole, era nada menos que un Reynolds. Y creí adivinar en otra pintura familiar el estilo de Gainsborough. Era posible que lo fuese realmente.

Lord Walpole mismo, alto, rubio canoso, sonrosado y de mejillas coloradas, era la saludable imagen de cualquiera de sus antepasados inmortalizados por el pincel de los maestros de la pintura británica. Pero su impecable traje gris rayado, de uno de los mejores sastres de Bond Street, era completamente actual, lo mismo que las ideas del noble caballero.

—Sí, mi querido inspector —decía con un tono afable y cordial, que rompía cualquier posible complejo o temor de mi amigo—. Afortunadamente, voy a dejar de tener esa pesadilla durante el resto de mi vida. Me deshago de un solar realmente rentable en beneficios, y pierdo de vista al viejo Momedy, como yo le llamé siempre.

—¿No le gusta el teatro? —indagó Blackburn.

—Me gusta el teatro en sentido general, y me encanta el Comedy, en particular —suspiró lord Walpole—. Pero creo que ese teatro alberga ya demasiada sangre en su historial.

—Demasiada sangre... —reflexionó Sidney Blackburn—. Sí, lord Walpole, es posible que sí. Primero fue el doctor Frankenhimer. Y ahora...

—La prensa sensacionalista me irrita —me miró, como disculpándose por mi profesión—. Para ellos, mi teatro es algo así como aquel famoso local folletinesco, del melodrama de Lon Chaney. *La Opera de París*, con sus cloacas, sus catacumbas... y su fantasma terrorífico. Eso molesta, cuando se pone cariño en algo. Mi padre compró el teatro a la sociedad Teatro de Londres, hace más de sesenta años, hartos sus anteriores propietarios de las fábulas relacionadas con su negocio. Yo prometí conservar el local en tanto me fuese posible hacerlo. He llegado a un límite en que ello resulta intolerable. Policías, periodistas escandalosos, folletones inauditos, literatura negra y amarilla... Nada bueno ni serio para un local así, compréndanlo. Me propuse firmemente ponerlo a la venta en cuanto ocurrió lo de lord Bond, lo de *lady Morgana*... La Prensa no insinuaba nada aún, pero yo sabía que lo harían inmediatamente. Lo supe en cuanto recordé lo del centenario.

—El centenario del teatro, ¿no?

—No, *no*. No me refería a eso. Hablaba del centenario de los asesinatos... —suspiró lord Walpole, entornando los ojos con fatiga—. Luego, sólo faltó ese atroz y guñolesco asesinato de la velada final... De no haber estado ya decidido, lo hubiera vendido en el acto, incluso a precio de saldo.

—¿Usted recordaba el centenario de los asesinatos del doctor Frankenhaimer? —tercié.

—Sí, Symons —afirmó él, volviéndose afable hacia mí—. Yo nunca olvidé al doctor Frankenhaimer y sus crímenes. Sabía que eso se repetiría cien años más tarde. El lo dijo.

—¿El lo dijo? —se me erizaron los cabellos súbitamente—. Cielos, ¿cómo lo sabe?

—Mis bisabuelos tuvieron gran amistad con él —sonrió el noble—. Y su abuelo Brian también, ¿lo ignoraba, Symons?

—No, ¿cómo ignorarlo? —gemí, avergonzado.

—Pero hubo algo más. Frankenhaimer, si era el asesino, era un hombre muy culto, inteligente y sensible, de gustos refinados. Acudía a nuestro teatro, veía ópera, *ballet* o grandes variedades, y para todos era un caballero. Luego, se descubrió aquel horror, cierto o no. Su abuelo Brian y mis bisabuelos eran buenos amigos entonces. Ellos también frecuentaban el teatro, conocían la bohemia... Tuvieron ocasión de leer un manuscrito.

—¿El manuscrito de Frankenhaimer? —me estremecí.

—Sí —me miró fijamente—. Usted lo tiene, ¿no? O debería tenerlo...

—Debería tenerlo —suspiré—. Por desgracia, no es así. Me fue robado en extrañas circunstancias, lord Walpole.

—Entiendo. Bien, de eso usted no puede ser responsable, amigo mío —me confortó—. ¿Leyó alguna vez ese manuscrito?

—No.

—Lástima... Tampoco yo llegué a leerlo. Era un patrimonio de los Symons. Hubo quien dijo que era apócrifo, obra de su abuelo Brian, pero no creo que fuera así. Frankenhaimer, no sé por qué razón, confió en su abuelo plenamente, y le dejó el manuscrito. Era el de un loco, no hay duda. Refería minuciosamente sus asesinatos. Estaba metido en un asunto diabólico, al menos para la mentalidad de entonces: injertos de miembros humanos.

—Lo sé, lord Walpole —musité—. Experimentos prohibidos, biología y cirugía contra la ley. Cadáveres robados en cementerios, acaso miembros arrancados a seres vivos, a los que previamente asesinaba... para aplicarlos a otros seres faltos de algún miembro... Ésa era la labor secreta de Frankenhimer en su laboratorio de Kennington...

—Así es. Frankenhimer parece que, ciertamente, tuvo dos personalidades: la del caballero correcto, inteligente y refinado, y la del monstruo de la ciencia, enloquecido por una obsesión investigadora y por una crueldad que no daba valor alguno a una vida humana.

—Y siempre miembros izquierdos —le recordé yo—. ¿Por qué?

—El era zurdo —explicó el aristócrata—. Y cortaba las partes zurdas, por inercia, por mecanismo. En su manuscrito admite todo eso, y admite que lo que escribe jamás lo sabrá «el otro». Es decir, él mismo, el doctor honesto y digno, cuando su demencia, su desdoblamiento atroz termine. Parece que llegó a dividirse a sí mismo tan perfectamente, que no supo uno lo que hacía el otro, hasta que la crisis final mezcló sus dos mentes en una sola. ¿Sabe cómo terminaba aquel manuscrito, Symons?

—No, no puedo saberlo. No lo leí. Mi abuelo no dejó dicho nada de ello tampoco.

—Mis bisabuelos fueron con la familia menos herméticos —sonrió lord Walpole—. Allí, él hablaba de sí mismo en términos casi demoníacos. Aseguraba que su obra perduraría. Que algún día él volvería a la vida, reencarnado en alguien de su misma sangre, que heredaría, por inmutable ley natural, biológicamente comprobada, «las células asesinas» de su mente. Y que ese ser, cien años más tarde, tras el período de incubación biológica por él previsto, los genes del crimen, cuya existencia afirmaba rotundamente, se desarrollarían, incluso con memoria de lo sucedido anteriormente, y otro doctor Frankenhimer reaparecería, para continuar la obra hasta su término feliz.

Hubo un silencio. Un profundo y espeso silencio en la confortable estancia. Blackburn apuró su oporto de un trago, como si fuese cerveza. Yo lo vacié despacio, y su calorcillo aromático me hizo bien. Lo necesitaba.

Lord Walpole, solemne, llenó otra vez las copas. Sólo percibí el

tintineo del cristal. Luego, Blackburn lanzó un resoplido.

—Imposible —masculló—. Es fantástico. Totalmente fantástico...

—Fantástico... —repitió lord Walpole, encogiéndose de hombros—. Lo parece, sí. También son fantásticos la parapsicología, lo extrasensorial, la magia, las fuerzas espirituales y todo eso. Y la transmisión de pensamiento, y el magnetismo, y la hipnosis... Forman parte de ese raro mundo en que Frankenhimer se movió, y halló inspiración para sus horrores, inspector.

—Es cierto —convine roncamente. Me incliné hacia el aristócrata y le pregunté—: Lord Walpole, si Frankenhimer dejó una herencia genética, unas «células asesinas» como legado a alguien de su sangre..., es que ese alguien existió. ¿Tuvo hijos?

—Uno solo. Shelby Frankenhimer.

—¿Qué fue de él?

—Nadie lo sabe. La madre había muerto. El hijo desapareció, debió cambiar de nombre. Resulta lógico, dadas las circunstancias en que su padre terminó la vida...

—Lord Walpole, si hubo un hijo... posiblemente luego hubo otros hijos de su hijo. Nietos, biznietos, lo que sea —apremié, con una rara sensación de incomodidad y angustia dentro de mí.

—Es indudable —admitió sonriente—. Hubo descendencia. Yo he investigado a fondo la vida de Austin Frankenhimer y de su posible descendencia. Es un tema que me fascina. Hallé una débil pista. Me condujo a un nieto que también desaparece en la niebla después. Y que, sin embargo, tuvo descendencia, igualmente.

—¿Otro hijo? —dije—. ¿Un biznieto?

—Hay una leve diferencia —sonrió—. Una biznieta. Una hija, Symons...

Me quedé callado. De una pieza. Blackburn ni siquiera reunía alientos para hablar o para moverse en su silla. Lord Walpole se incorporó. Regresó con un sobre lacrado, que me tendió. Leí su dirección:

Lord Thomas H. Walpole.
Walpole House,
Oxford Road, Londres

Miré al aristócrata. Hizo un gesto, asintiendo. Abrí el sobre,

sacando una hoja ocre, escrita con letra mayúscula, de imprenta, aparentemente alterando su fisonomía real. Leí:

«AUSTIN FRANKENHEIMER TUVO UN HIJO
LLAMADO SHELBY. ESTE, OTRO HIJO LLAMADO
AUSTIN TAMBIÉN. Y AUSTIN FRANKENHEIMER, JR.,
TUVO UNA HIJA, UNA SOLA HIJA DE NOMBRE
CAMBIADO. SÓLO SE QUE SE LLAMABA VICKY. Y
ESTUDIO DANZA CON SERGE LENOV EN LA
ACADEMIA IMPERIAL DE ARTE DE LONDRES.

»X».

El anónimo no decía más. Parecía suficiente. Frankenheimer tenía descendencia directa. Una hija. Una hija llamada Vicky. Bailarina.

CAPÍTULO VI

EL PASADO

Era allí. Leí el nombre en el primer piso del edificio de piedra:

ACADEMIA IMPERIAL DE ARTE

Profesor Serge Lenov, maestro de los zares

Podía ser cierto o no, Lenov tuvo cierta fama en el *ballet*. Todos los rusos emigrados afirmaban haber tenido altos cargos cerca de los zares. Habitualmente, eso no se podía comprobar de modo fácil. Y siempre quedaba el beneficio de la duda.

Ya había caído la tarde sobre Londres, sin que amainara la llovizna incómoda, ni cediera lo más mínimo la niebla. Por el contrario, ésta parecía haberse ido haciendo más y más espesa a medida que oscurecía, y las luces se difuminaban en la bruma típica londinense, como luciérnagas inmóviles en un mundo borroso, sin formas ni perfiles. Del Támesis llegaba el ruido de las sirenas de los remolcadores, pidiendo paso en la niebla.

El lugar no era agradable. Se trataba de una confluencia poco frecuentada de Berwick Street y Peter Saint Meard, en Soho. No muy lejos, por cierto, de Shaftesbury y el Old Royal. Si Lenov enseñó alguna vez a bailar a los zares o sus hijos, debía de sentirse muy deprimido en un lugar tan distinto a San Petersburgo y la brillante corte rusa.

Entré en el edificio, de amplio vestíbulo, con escalera que se perdía en los pisos altos. Los buzones de la entrada me probaron que había allí numerosas oficinas, algunas de ellas de funcionamiento incluso nocturno, como una agencia de investigación privada, una expedición de certificados matrimoniales

y un estudio fotográfico de arte. Conozco algunos de esos estudios «de arte» y sus clientes, siempre femeninos, acostumbran a ir a fotografiarse bien entrada la noche. De ahí que el portal estuviese abierto y sin problemas para entrar en la casa.

Subí a la primera planta. La puerta de la academia aparecía abierta. Bajo una placa con el nombre de Lenov y unas palabras en ruso, muy efectistas desde el punto de vista psicológico para el cliente, vi una indicación:

«Clases de 4 a 8, P.M. —Información, por las mañanas».

Iba a pulsar el timbre, cuando vi que la puerta estaba abierta. Asomé, empujándola levemente. Pese al horario señalado, no había clases esa noche. No vi a persona alguna, ni tan siquiera otra luz que una al fondo, en una sala vacía, y con barras para ejercitarse los alumnos de danza.

Llegué allí, llamando con voz suave pero firme:

—¡Lenov! ¡Señor Lenov! —esperé una respuesta en vano. No llegó. Mi voz retumbó bajo la bóveda, huecamente. Insistí—: ¡Lenov! ¿No hay nadie aquí?

Evidentemente, si lo había era sordo. Y muy silencioso además. Porque no oí ruido alguno en torno mío. Me pregunté por qué diablos tenía que ocuparme yo de cosas así, a fin de cuentas, cuando eran cuestiones propias de Blackburn y de Scotland Yard.

Pero si alguien tenía culpa de aquello era yo mismo, que me había prestado a colaborar amistosa y privadamente con Sidney Blackburn, mientras él se ocupaba de otros asuntos de su especialidad. Siempre que había de entrevistarse a alguien de significación artística, yo, como periodista de teatro y circo, era la persona adecuada para quitarle a la entrevista su cariz oficial y rígido. Además..., sentía curiosidad. Una tremenda y obsesiva curiosidad por conocer muchas cosas. Por llegar, incluso, hasta el misterioso asesino, fuese quien fuese. Si era quien me había golpeado allá, en mi vieja casa abandonada, con mayor motivo todavía.

No podía olvidar el viejo fiacre, el carruaje de caballos en que viajó hasta allí el personaje que me golpeara. Un extraño medio de moverse hoy en día por Londres. Quedan pintorescos, típicos vehículos ochocentistas, sí, pero no para seguir a alguien y atacarle

luego. No mezclados en un caso criminal que, precisamente, se remontaba a cien años atrás, cuando el fiacre era un carruaje normal y corriente.

Tampoco podía olvidar la fantástica idea de unos genes hereditarios del instinto homicida. Ni las «células asesinas» del doctor Frankenheimer...

Fantástico.

Es lo que todos habíamos dicho. Demasiado fantástico para creerlo, para admitirlo.

—¡Serge Lenov! —insistí, casi enfadado, en medio de una amplia sala con espejos, dos pianos, barras y útiles de gimnasia de *ballet*, vacía de danzarinas y de maestro.

El silencio continuaba a mi alrededor. Vi al fondo una puerta, abierta en un gran espejo mural. También la hoja era de espejo. Probé a empujarla. Cedió también...

Pasé a un despacho con un juego complicado de música estereofónica. Discos apilados, con piezas de Tchaikowsky, Rimsky Korsakoff, Ponchielli, Mussorgsky, Ravel...

Y un pequeño archivador de gavetas abiertas, una mesa de trabajo, un asiento tapizado de viejo y gastado terciopelo rojo. En el muro, un retrato del zar, un escudo imperial de la Rusia anterior a 1917, un amarillento certificado expedido en Moscú, años atrás, a nombre de Serge Lenov...

Las fichas del archivador estaban dispersas, caídas, removidas... Detrás de la mesa de trabajo de Lenov había otra silla tapizada de cuero marrón oscuro, derribada. Y junto a ella, Serge Lenov, delgado y alto, viejo y anticuado como su arte y su mundo. Lenov, con perfil ascético, con nariz delgada, con largo pelo, con gesto femenino.

Pero muerto.

No se podía hacer nada por él.

Sentí náuseas. Recordé a la infortunada Viveca Turnbull, decapitada en su caja de laca escarlata, al pobre Talbot, acuchillado con unas podadoras en Paddington... Y me dominé lo mejor posible.

Giré la vista en torno mío. Corrí al archivador abierto. Removí fichas y fichas, en busca de algo, en la letra F. No encontré nada.

Nada relacionado con Frankenhimer, por supuesto. Pasé a la letra y ni siquiera supe por qué. Pero lo hice.

Tuve suerte. Una increíble suerte. Lenov manejaba un doble fichero, uno con la inicial del nombre de su cliente, y otra con los apellidos. En la y lo encontré. En eso tuve acaso más oportunismo que el asesino.

Era una tarjeta mecanografiada. Con una foto-carnet adherida con grapas. Un bello y admirable rostro de mujer, joven y lleno de atractivo. Una mujer de pelo claro, posiblemente de un castaño tirando a rubio, y grandes ojos también claros, vivos e inteligentes.

Leí el nombre, debajo: Vicky Frankenhimer.

El resto, estaba escrito en ruso, con caracteres cirílicos. Rápido, guardé la tarjetita en mi bolsillo y giré la cabeza, sobresaltado.

Había percibido un ruido en el piso. Un ruido cercano.

Esta vez no me dejaría golpear. No iba armado, pero esgrimí lo único que había a mano: un cortapapeles, imitando una vieja daga florentina. Me precipité hacia la salida enérgicamente. Dejé atrás el despacho, y pisé la sala de espejos, en el momento en que más lejos chascaba con fuerza una puerta. ¡La de entrada al primer piso del edificio!

No había duda ya. Alguien escapaba apresuradamente. Alguien que debió estar allí al llegar yo, y ahora emprendía la fuga.

Corrí hacia la salida del piso, sin perder tiempo. Mi paso es largo y rápido. Llegué, tirando del pestillo. Asomé a la escalera. Miré abajo por el hueco. Una sombra fugaz se perdía ya en el umbral de salida de la casa, hacia la noche y la niebla.

—¡A él! —aullé—. ¡Es un asesino!

Y me precipité escaleras abajo, como una centella, dispuesto a todo por dar caza al fugitivo de la Academia Imperial de Arte.

Como temía, al pisar la acera, solamente vi luces perdidas en la bruma, una espesa cortina de niebla y ni rastro del fugitivo. Giré la cabeza a mi derecha. Capté el veloz taconeó que se perdía en el interior mismo de la densa niebla.

Era él. Mi personaje. Ni siquiera me atreví a pensar en el término «mi hombre». No conocía el sexo del criminal. Podía ser hombre o mujer. Teóricamente, si la fantástica deducción de mi abuelo Brian era cierta..., sería mujer. La biznieta de Frankenhimer. Pero yo me resistía a aceptar eso así, a rajatabla.

No admitía mi mente lo de los «genes elaborados» o las «células asesinas». Mucho menos aún debía admitir una «resurrección» del doctor asesino, en buena lógica, por muy diabólico que fuese su poder, a los cien años de su ejecución en Wingate. Pero... algo o alguien tenía que haber tras todo aquello.

Y aquel alguien, ahora, corría ante mí, huía de mis alcances, hundiéndose en la niebla, tras aplastar el cráneo eslavo del buen maestro de danza Serge Lenov con un pisapapeles de bronce reproduciendo el Kremlin de Moscú. Todo muy ortodoxo en el terreno policíaco. Quizá, incluso, demasiado ortodoxo. Las cosas, a veces, parecían extrañamente elaboradas. Como si los mismos crímenes estuvieran ya pergeñados, planeados de antemano en sus más mínimos detalles.

Yo me precipité también a la niebla. No dejé mi cacería. No abandoné la codiciada presa. Corrí como nunca había corrido. Mis pies parecían tener alas, a través del asfalto húmedo, resbaladizo como una superficie de patinaje, dentro de aquella masa vaporosa, espesa, insondable, que parecía enroscarse en torno a mis piernas, como serpientes vivas, hechas de vaho infernal.

Luces, esquinas, pasajes, calles, muros borrosos, más luces... Niebla, siempre niebla. Y el húmedo, tenue, sutil azote de la llovizna menuda contra el rostro, contra el cabello, contra mis ropas. Y delante, escapando siempre, un furioso, rápido, desesperado taconeo.

Podían ser chanclos de goma, pensé, evocando al intruso en mi casa solariega, al viajero enigmático del fantasmal fiacre. Podían ser zapatos de hombre, de mujer, o viejos botines caducos, pasados de moda, llegando del pretérito, como un elemento fantástico más en aquel juego delirante de absurdos.

No era fácil alcanzar al enemigo. Era rápido y conocía bien el área urbana donde nos movíamos. Yo empezaba a sentirme un poco desorientado. La niebla era tan densa que a una yarda sólo se vislumbraban sombras y luces. A dos yardas, no se veía nada, salvo una luminescente, pastosa bruma que todo lo confundía. En esas condiciones, cualquier persona hubiera renunciado ya a la persecución, a la carrera agotadora y fatigosa. Yo, no. Soy obstinado. Muy obstinado. Siempre lo fui, aun con escaso motivo. Ahora, las razones eran poderosas: crímenes, sangre derramada, un

misterio increíble... y una agresión a mi persona, que podía repetirse en cualquier momento con mortales consecuencias. Que incluso pudo repetirse allí, en la academia de baile de Serge Lenov.

Alcancé una esquina. Una más en mi búsqueda afanosa y exasperada, casi rabiosa. Momentos antes había descubierto una sombra fugaz, la silueta oscura de un ser, de una persona indefinible, envuelta en algo que flotaba en la noche, en la bruma. Podía ser una capa, un abrigo, un sobretodo, cualquier prenda encima del fugitivo. Luego la niebla maldita borró esa visión, pero era suficiente para mí. No había perdido la pista. No había logrado distanciarse mi adversario de mí, pese a sus esfuerzos.

Se hundió en un angosto hueco entre dos muros sombríos que, como límites de lo desconocido, como fronteras de lo irreal, delimitaban ahora mi campo de acción. Corrí golpeando a ambos lados. Mis pies repiquetearon sobre un absurdo suelo empedrado, en el que mi carrera se hacía más insegura y peligrosa. Como si, de repente, hubiera penetrado en el pasado, salvando barreras insondables, como el personaje yanqui de Mark Twain [4].

Las piedras del tosco suelo, propio de otros tiempos muy lejanos en el pasado, eran endiabladamente resbaladizas. Tanto, que patiné sobre ellas y, pese a mis esfuerzos, caí de bruces frente a una fantasmal luz roja que parpadeaba ante mí, en la masa de niebla.

Me quedé de bruces sobre el suelo húmedo, preguntándome en qué alucinante mundo me había sumergido de repente. Una sombra humana emergió ante mí. Dada mi posición en el suelo empedrado, me pareció gigantesca. Se inclinó, diciéndome algo:

—¿Se encuentra usted bien, milord? Por favor, levántese. Sea bien venido...

Unas fuertes manos enguantadas me asieron e incorporaron. Vi algo inaudito: un macferlán a menos de tres pulgadas de mí. Una chistera alta de lacayo o de postillón, botas de lustroso charol... Un ser de cien años atrás.

—¡Déjeme! —mascullé, furioso—. ¡Déjeme! Busco a alguien. Alguien que acaba de pasar por aquí ahora mismo... Venía corriendo.

—¿Corriendo? —el hombre pretérito rió, divertido—. Oh, sí, entró por esa puerta de la luz roja hace unos momentos, milord...

Me había echado atrás, pretendiendo apartarme de él. Lo único

que logré fue tropezar con algo sólido. Lancé un juramento y me volví. Había pegado de espaldas con un vehículo aparcado allí, en la neblinosa callejuela.

No era un coche moderno. Ni siquiera un automóvil antiguo. Era un coche de caballos. Un fiacre de 1870, negro y charolado como un fantasma escalofriante en la noche de niebla de Soho...

—Bien venido al 1800, señor... —me saludó, irónico, el hombre del macferlán.

Y soltó una profunda e inquietante carcajada.

—Bien venido al 1800, milord...

Lo repetía de nuevo, como un soniquete o un chiste sin gracia. Me sentí furioso, malhumorado por todo cuanto estaba sucediendo en aquella noche disparatada e irreal. Me lancé de súbito sobre el fantasma o lo que fuese. Aferré sus solapas, que me parecieron de buen terciopelo, totalmente sólidas y tangibles, como las de cualquier mortal.

—¡Escuche usted, maldito sea! —mascullé—. ¡Busco a un asesino, a un criminal que huye, y esté donde esté ahora, quiero dar con él, saber adónde diablos fue! No me gustan las bromas de mal gusto. No sé qué lugar pueda ser éste, pero no voy a tragarme la píldora de este asqueroso juego del fiacre, su disfraz, grotesco y todo lo demás. ¿Dónde estoy? ¡Hable o le retorceré el cuello entre mis manos!

—Pero, milord..., digo, señor..., no tiene por qué ponerse así conmigo... —tartajeó el hombre—. Es costumbre de la casa. Todo esto forma parte de..., de la decoración del lugar. Imaginé que usted... ya sabía adónde venía. Por eso le di la..., la bienvenida...

—La bienvenida al 1800 —repliqué, seco—. ¿Qué era eso?

—Justamente lo que dije. El 1800, señor. Éste es el Club 1800... Entonces lo entendí todo.

El Club 1800. Un *night-club* como cualquier otro. Archers Lane, Soho. Un lugar perfectamente normal..., pero al estilo de la época que daba nombre al local. Si se hubiera llamado 2001, por ejemplo, tendría astronautas y satélites artificiales, en vez de fiacres negros y porteros con macferlán y chistera alta.

—Cielos... —mascullé. Solté las solapas del hombre, avergonzado—. Disculpe, amigo...

—Está disculpado, señor —se apresuró a decirme él—. Es cierto lo que le dije antes. Si seguía a alguien, ese alguien entró en el local hace un momento... La entrada está bajo esa luz roja... Con esta maldita niebla, no se ve apenas nada.

—¿Quién era él? Quiero decir, ¿pudo ver su cara, su aspecto?

—Ya lo he dicho. Con la niebla, uno solo ve sombras... No, no vi nada.

—Pero sí vería si era hombre... o mujer.

—¿Se ven hoy día esas cosas? —rió el hombre—. Chicos melencólicos con estrafalarios indumentos, chicas con pantalones y camisas... No, no podría jurar nada. Parecía un hombre, pero no estoy seguro. No oí su voz. Me dio un empujón para meterse en el club.

—Entonces... está en el club. Está dentro del club ahora... ¿Hay otra salida?

—No, ninguna —rechazó él—. Ninguna salida. Pero espere, le explicaré que...

No me detuve a escuchar nada. Sencillamente, corrí hacia el interior del local, hacia la roja luz en la niebla. Oí sus gritos atrás, llamándome, tras haber sentido en su mano el crujiente y amable tacto de un billete de una libra. No le hice caso. Me preocupaba demasiado la presencia de mi perseguido dentro del Club 1800. Pero debí haberle escuchado, y así los acontecimientos no me hubiesen sorprendido tanto después, cuando pisé la entrada del local nocturno, lanzado en pos de mi presa.

—Eh, amigo, espere —me detuvo uno, bruscamente. Y unas manos enguantadas me aferraron con energía—. Su antifaz y su macferlán.

—¿Mi... qué? —protesté, pretendiendo quitarme aquella especie de capa de doble vuelta, y la máscara de tela negra que sujetaban a mi rostro, quisiera o no.

—Es el reglamento. Noche de máscaras, amigo —rió alguien, cerca de mí, dándome un palmazo.

Y de la niebla exterior, me sentí sumergido de repente en un clima denso, cargado, de luces cambiantes, mitad psicodélico, mitad demodé, con luces de globo, lámparas de falso gas, cortinajes rojos, espejos, dorados y asientos tapizados, en rincones sombríos, muy de la época victoriana.

El bar, a la derecha, largo y de luces tenues, indirectas, podía pasar por un local de cualquier obra de Dickens. Las marcas de *whisky* alineadas eran numerosas y extrañas a veces.

Había hombres, mujeres, una confusión notable... y todos con antifaz negro o rojo, según fuesen de uno u otro sexo, y el macferlán estilizado, moderno, propio de revista musical, a estilo capa, sobre los hombros de cada cliente.

Noche de máscaras. Maldije todo aquello, y traté de quitarme el antifaz, irritado, al escudriñar la sala. Alguien, junto a mí, me sujetó el brazo. Me volví. Tenía antifaz negro, como yo, y el inevitable macferlán.

—No, no —dijo, autoritario—. Es el reglamento. Si se quita el antifaz, le echan, amigo. Es la noche de máscaras en el Club 1800. Todos aceptamos el juego. Usted también.

No me quité el antifaz. Era norma del local, y había que respetarla, o entre todos me tirarían a la niebla, perdiendo la única posibilidad de hallar a mi presa. Aunque ahora, estando todos enmascarados y con la misma prenda, el asunto se convertía en un juego infernal. La eterna aguja en el eterno pajar, o poco menos.

Deambulé en vano entre la gente. Entraron varios escandalosos sujetos, de ambos sexos, y les vi convertirse, de simples manchas pálidas de rostros inconcretos, en máscara negra y roja. Pasaron ante mí, se mezclaron con los demás.

Ni siquiera intenté preguntar a los porteros o a los encargados de dar máscaras y prendas por la persona que pasó antes que yo. Ni siquiera se fijarían en ella. O no la recordarían en absoluto. Y, sin embargo, yo lo sabía, yo estaba seguro de ello... Sin embargo, era un asesino. Era el asesino. El nuevo Mutilador.

Repentinamente, pasó algo más en aquel local. Se apagaron algunas luces. Hubo un repentino alud de focos de diversos colores hacia el escenario, perdido en el fondo del local, con aspecto de viejo teatrillo de variedades de otro siglo. Apareció en él un anunciador, a la usanza del antiguo circo.

—Y ahora, señoras y señores, en nuestra alegre y divertida noche de máscaras... —hizo una pausa efectista, para añadir, rotundo y espectacular—: ¡La bella reina del *strip-tease*, la rubia venus de fuego, la sensual... Vicky Lane!

Un alud de aplausos acogió su anuncio. Se apagaron los focos y

la luz toda. La oscuridad duró escasos segundos. Luego, súbitamente, volvieron a prenderse los focos. Se centraban en el escenario. Pero no era el anunciador de antes, sino la hermosa figura de Vicky Lane.

Me quedé fascinado contemplando a aquella mujer bellísima, joven y fascinante. Miré sus cabellos muy rubios, sus ojos de un verde claro deslumbrante, sus formas sinuosas y arrogantes. Más rubia que en la fotografía, sin duda alguna. Pero era ella.

Era ella. Vicky Frankenhimer, la biznieta del doctor Austin Frankenhimer, El Mutilador de 1870.

CAPÍTULO VII

EL FACTOR FANTÁSTICO

—Sí. Creo que sí. Soy la mujer que busca, no hay duda...

Su sinceridad tremenda me desarmó. La miré, por unos instantes, sin saber qué decir.

Había esperado cualquier cosa. Cualquier cosa menos esto. Negativas, protestas, ira, enfado, altivez. No sé. Cualquier cosa que no fuera decir sencillamente eso; reconocer que era ella el último eslabón del pasado. Precisamente ella, la reina del *strip-tease* en el club nocturno de Archers Lane. Ella, la hermosa muchacha que había sorbido el seso a Hampton, mi compañero de redacción en el *Weekly Variety*.

—Me alegra que facilite las cosas —suspiré—. No creí que admitiera tan fácilmente ser la heredera del apellido y la sangre de los Frankenheimer, señorita Lane.

Ella abrió mucho sus verdes ojos. Luego, hizo un mohín con los labios carnosos, sin dejar de limpiar su rostro de maquillaje ante el espejo del camerino del club. Negó lentamente, despojándose de su peluca intensamente rubia, perfecta y bien confeccionada, que puso en una cabeza de corcho situada sobre el tocador.

—No, usted se equivoca —murmuró dulcemente—. Yo no dije eso.

Pestañeé. Acaso pretendía jugar conmigo como el gato con el ratón. Era inteligente, astuta sin duda. Sus ojos no engañaban. Podía ser muy joven, pero nada inexperta.

—Usted acaba de admitirlo así —repliqué, seco.

—Me interpretó mal —ella sonrió desde el espejo. Sin maquillaje, era aún más bonita, más joven, incluso algo más infantil y natural—. Admití ser la que busca. La de esa fotografía que me

mostró. Estudié con Serge Lenov, sería tonto negarlo. Pero no me llamo de ese modo. Nunca me llamé Frankenhaimer.

—¿Lane es su verdadero apellido? —repliqué—. ¿Eso trata de decirme ahora?

—No —su negativa fue rotunda—. Lane es un pseudónimo teatral. Mi apellido es... Winters. Victoria Winters es mi nombre real. Vicky Lane es mi nombre de guerra en escena. Nada de Frankenhaimer.

—Esta ficha estaba en el archivo personal de Lenov —agitó la cartulina—. ¿Cómo lo explicaría?

—No lo sé. Será un error, pero Lenov nunca me llamó de ese modo, ni tenía motivo para hacerlo. Es un misterio esa ficha mía, créame. Aunque admito que es mi foto, y que Serge fue mi profesor, cuando yo creí poder ser una buena bailarina clásica, no una..., una chica que se desnuda con cierta decencia en un local público.

—Su padre se llamaba entonces...

—Winters, por supuesto —no pareció ofendida en absoluto por mi poco correcto modo de enfocar el asunto—. Arnold Winters.

—¿Le conoció?

—Claro —pestañeó, como divertida—. El murió cuando yo tenía ya dieciséis años. Y cuento ahora veinticinco, señor Symons. No soy ninguna niña.

—Ni ninguna anciana —reí—. La llevo todavía tres años, sin embargo. Señorita Winters, usted podrá hablarme de muchas cosas respecto a su padre. Por ejemplo, su origen, su modo de ser, su forma de vida, su familia...

—Papá y yo éramos solos —suspiró ella—. Sin familia. Nadie más que los dos. Mi madre murió antes. No llegué a conocerla.

—Señorita Winters, quiero que entienda algo —dije, mirándola muy fijo—. Si sabe todo, absolutamente todo sobre su padre, si tiene seguridad total de que él no pudo tener otro apellido, otra identidad, si no hay duda alguna acerca de que él no pudo en modo alguno ser la persona que yo digo..., entonces no le hablaré más del asunto. Pero si imagina que Arnold Winters pudo ser Austin Frankenhaimer, Jr., nieto del doctor Austin Frankenhaimer, ahorcado por asesinato en 1874... entonces, señorita Winters, admita que ello es posible, que usted no niega esa posibilidad rotundamente.

Ella pareció asimilar despacio mis palabras. Meditó en silencio. Terminó de desmaquillarse, se puso en pie, dirigiéndose al biombo de su camerino tras el cual se cambiaría de ropa. Empezó a negar despacio, con aparente seguridad... para, de súbito, detener su gesto expresivo y, con un encogimiento de hombros, responder calmosa:

—No. Honestamente, señor Symons..., no puedo negarle esa posibilidad. Nunca pensé en ella. Siempre creí ser solamente Victoria Winters, pero... mi padre fue toda su vida un hombre solitario, huraño, misterioso y bastante raro. Al morir, no me dejó herencia alguna, salvo una tarjeta de recomendación para un buen amigo suyo: Serge Lenov, de los *ballets* imperiales del zar.

—Entiendo. Y él..., Serge Lenov..., puso su verdadero nombre en esa cartulina, porque él sabía la identidad real del pretendido Arnold Winters. Señorita, su padre, de ser un Frankenheimer, y sabiendo la triste fama de ese apellido aquí en Londres, optaría por cambiarlo, como la cosa más natural del mundo, y mantenerla a usted alejada de toda relación posible con un pasado siniestro y horrible, que vale más no desenterrar para nada...

—Pero usted está desenterrándolo, señor Symons —me objetó ella con repentina frialdad, brillando sus ojos como dos heladas esmeraldas—. ¿Por qué motivo?

Se lo hubiera podido decir. Pero era todo demasiado largo, complicado... y absurdo. Sonaría tan fantástico que me sentí tremendamente ridículo ante ella. Observé su figura alta, esbelta, bien formada. Desapareció tras el biombo. Sentí crujir sus ropas al ser cambiadas.

—Es difícil hablar de ello —elegí cuidadosamente las palabras, paseando por el camerino con lentitud—. Pero se habla de que el doctor pudo dejar una nefasta semilla con vida, para que al cabo de cierta prolongada incubación fructificase en un nuevo horror. Usted no entenderá todo eso, pero es así, y debería bastarle para...

—Yo entiendo eso —me respondió ella inesperada, glacialmente. Y reapareció tras el biombo... vestida de hombre. Con pantalón y chaqueta azul oscuros, formando un conjunto gracioso y que en nada restaba feminidad a su aspecto. Sus ojos eran insondables simas verde oscuras, graves y reflexivas—. Usted, señor Symons, pretende sugerir que yo, como única descendencia directa del

doctor Frankheimer..., podría ser una asesina como él lo fue entonces. ¿Es eso lo que ha querido decir o no?

La contemplé, pensativo, sobresaltado casi. Su sinceridad, a veces, era demasiado terrible y directa.

—Sí —musité, con igual franqueza—. Eso quise decir...

El Club 1800 quedaba atrás, con su callejón empedrado, su fiacre negro y su aire de pesadilla de otro tiempo. Creo que nunca me metí más a gusto dentro de un típico taxi londinense, recorriendo el centro de la ciudad junto a mi bella acompañante.

Permanecemos silenciosos unos momentos. Me sorprendió sentir su mano sobre mi brazo, oprimiéndolo con firmeza. Y también con calor.

—Symons, le doy las gracias por su sinceridad —murmuró—. Las cosas así son mucho mejor.

—Es cierto —admití—. Mucho mejor. Usted tampoco se anda por las ramas, Vicky.

Se había creado entre nosotros cierta corriente de camaradería o confianza. Podía ser ficticia o no, eso no podía saberlo. Pero simplificaba las cosas.

—Es que deseo saber, como el que más, la verdad sobre mi pasado —suspiró ella—. Mi padre fue siempre demasiado vago, demasiado evasivo en aclararme cosas sobre los Winters. Llegué a la conclusión de que, ciertamente, algo ocultaba. Y luego, aparece usted y me habla de todo eso...

—Pero usted, Vicky, no era la primera vez que oía hablar del doctor Frankheimer... —señaló agudamente.

—No, eso es cierto. No era la primera vez. Serge cometió dos veces el error de llamarme señorita Frankheimer en los ensayos. La primera vez se disculpó, alegando el supuesto parecido existente entre esa joven y yo. La segunda, no me sonó tan convincente, y me quedaron dudas. Averigüé cuanto pude sobre ese apellido. No es muy abundante en Inglaterra, pude comprobarlo. Y enseguida hallé la historia de Austin Frankheimer, cirujano, investigador... y asesino. Tuve miedo, lo admito. Confié en que nada de cuánto temía fuese cierto. Usted, al llegar, me convenció de que, por desgracia, ése podía ser mi gran drama. No estoy segura, pero...

No traté de convencerla ni persuadirla de nada. Para mí hubiera querido yo cualquier tipo de convicción. Lo malo es que no lo tenía

en absoluto. En aquel fantástico y delirante conflicto, todo parecía posible. Incluso que el asesino viviera después de ser ahorcado, y tuviera ahora ciento cincuenta años de edad...

Recordé con pesar mi visita al Club 1800. Allí había perdido al asesino de Lenov. No me fue posible localizarlo entre tanta máscara y tanto macferlán. Pudo huir sin verle yo, podía ser cualquiera. Localizarlo estaba fuera de mi alcance.

Lo único que pude hacer, antes de hablar con Vicky, fue telefonar a Blackburn y darle un nuevo quebradero de cabeza con el sangriento hallazgo en casa de Serge Lenov. La sexta víctima de El Mutilador.

Faltaba otra. La séptima. Si todo se repetía como entonces, ¿por qué no esto también?

Ahora, acompañando a Vicky Lane a su casa, los comentarios de mi colega Hampton me parecían remotos y estúpidos. Entonces, Vicky Lane fue para mí un simple nombre, un elogio puramente masculino sobre una chica de atractivos físicos innegables.

En estos momentos, ella, Vicky Lane, era algo más, mucho más. Era la posible herencia de sangre de Frankenhimer. Podía ser como una maldición. Una muchacha inocente, noble y sin complicaciones mentales. O acaso el alucinante propósito científico de un loco asesino: la genética como motivo del crimen. Los genes hereditarios de un asesino, el cultivo de unas células humanas dotadas para el asesinato, tras un siglo de desarrollo...

Era demasiado espantoso para imaginarlo así. Pero de no ser ésa la explicación, ¿cuál otra podía uno aceptar, en buena lógica?

—¿En qué piensa? —pregunté de repente, ante su silencio profundo y meditativo.

—En muchas cosas —suspiró—. Usted no debe creermme, ¿verdad?

—¿Por qué no he de creerla, Vicky?

—Si soy descendiente de aquel monstruo, resultaría difícil admitir que yo no soy culpable. Además, usted me dijo que persiguió a un asesino hasta el club, esta misma noche.

—Es cierto. El frecuente ese local. También Talbot lo hacía. Me refiero a Damon Talbot, el Mago. Le mataron. Llevaba fósforos y un adhesivo del Club 1800.

—Yo llegué tarde esta noche al trabajo —confesó ella—. Soy la

sospechosa ideal, ¿no?

—Digamos que sí. En las novelas, sin embargo, la sospechosa es siempre inocente.

—Eso ocurre en las novelas —declaró Vicky, con amargura—. La vida no es una novela.

—Me pregunto hasta qué punto... —sacudí la cabeza—. Vicky, había mucha gente en ese club hoy. Y las máscaras y disfraces... Cualquiera podía ser el asesino enmascarado. Busco a alguien relacionado con el mundo del teatro, el circo, la magia, la fantasía y todo eso. Ahí puede estar el culpable, Vicky. ¿Conoce usted a alguien en especial?

—Algunos frecuentan el club, es cierto —admitió ella, pensativa—. Gente como *sir* Randolph Bellair, como lord Walpole, propietario del Old Royal...

—¿Ellos van allá? —pregunté, sorprendido.

—Oh, sí. Y otros muchos. La vida nocturna es compleja y llena de sorpresas... —rió entre dientes, burlona—. También recuerdo a alguien muy relacionado con la reciente tragedia del Royal... Me refiero a ese enfermizo libertino llamado Derek Marsh... Nunca falta a última hora al club. Dicen que era amante de Viveca Turnball, la chica decapitada...

Asentí, pensativo. Miré a Vicky. Sin saber por qué, sentí por ella una profunda simpatía, casi una fe enorme en su inocencia y en su ingenuidad, no exenta de malicia. Oprimí su mano entre las mías. Sonreí con mi mejor expresión de ánimo.

—Gracias, Vicky —murmuré—. No tema nada. Trataré de ayudarla. A encontrar su pasado, a probar que nada tiene que ver con esto, que la historia de Frankenheimer es pura fantasía... De paso, estoy decidido a llegar hasta el fin. Hasta el asesino. El de hoy, Vicky. El del presente, porque el del pasado..., murió hace un siglo en la horca, sin lugar a dudas.

Así se lo dije. Yo hubiera querido no tener dudas, como afirmaba. Pero temía que, dentro de mí, aún quedaba un profundo margen lleno de incertidumbres.

Pese a todo, Vicky creyó en mis palabras. Se enterneció. Brillaron sus verdes ojos, súbitamente húmedos. Me besó.

Sí. Me besó en los labios. Y me gustó. Me gustó, aunque fuese ella condenadamente culpable.

CAPÍTULO VIII

¿ASESINATO NUMERO SIETE?

Las brigadas estaban ya allí, en torno al edificio de piedra de Shaftesbury.

Todavía no procedían a su derribo, pero estaban ultimando los preparativos para iniciarlo. Unos hombros de «mono» gris y casco metálico procedían a levantar vallas de ladrillo en torno, con grandes carteles donde se anunciaba en enormes leras rojas:

DERRIBO INMINENTE

Había sonado su hora. El final de cien años de existencia. Pronto la familiar y vieja fachada dejaría de existir. La contemplé, un poco melancólico. Y descubrí, sorprendido, que la suerte del antiguo coliseo me tenía perfectamente sin cuidado. No despertaba nada patético en mí, ni creía posible llorar por su desaparición. En suma, el Old Royal no me era simpático.

Todavía se podía entrar en el recinto. Los obreros no me dijeron nada cuando pasé entre ellos y las excavadoras que iban a entrar en acción uno o dos días más tarde. Crucé la puerta del Old Royal, acaso por última vez, y caminé como un pigmeo perdido por entre las columnas y espejos de su gran vestíbulo. Aquel que conoció los entreactos de brillantes noches de estreno, con desfile de modelos y alarde de joyas.

Me pareció vacío, gris y viejo como una catacumba. Asomé a la platea, desnuda, como una triste jungla de sillas tapizadas, sin un solo espectador. Al fondo, la embocadura del escenario era un enorme rectángulo bordeado de cortinajes en bambalinas y arranque de bastidores. Brillaba una solitaria bombilla, en el fondo

del escenario, entre practicables adosados al muro, y muebles apilados, inservibles ya.

La platea no estaba todo lo vacía que pude pensar. Alguien se levantó de ella, con un suspiro. Una figura noble, activa y vigorosa, se cruzó conmigo. Unos ojos acerados me contemplaron, entre curiosos y abatidos.

—Las despedidas siempre son tristes, mi querido Symons —comentó. Meneó la cabeza, de un lado a otro—. Pero ésta es la peor de todas. Creo que con un sitio como el Old Royal, se derriban a la vez muchas viejas ilusiones, muchos sueños y recuerdos.

—Es posible —admití—. Lo malo de los jóvenes es que ni siquiera tenemos recuerdos, y pensamos que derribar este teatro es, simplemente, derribar un viejo edificio sin valor.

—¿Y usted, un crítico teatral, puede hablar de ese modo, Symons? —se asombró, casi ofendido, *sir* Randolph Bellair.

—No tengo particular afecto a ningún teatro, pero éste, concretamente, me tiene sin cuidado. Considero que no hay que echarse a llorar porque desaparezca. Mi último recuerdo de él no será en verdad agradable, *sir* Randolph.

—Bueno, eso lo comprendo perfectamente —murmuró el hombre que presentó el último espectáculo del Old Royal. Se frotó el mentón, irritado—. Pero no juzgue al viejo edificio por ése solo hecho. El teatro no tiene la culpa de haber sido escenario de un horror así. Y si habla mal de él, es posible que llegue a vengarse de usted. A veces, siento como si este edificio, cargado de nostalgias, fuese humano y tuviera sentimientos propios...

Se alejó, sin añadir más. Me quedé contemplando a aquel hombre culto, inteligente y preocupado por los problemas de la mente humana y de los poderes mágicos o extrasensoriales. Quizá el concederle vida propia a un conglomerado de piedras, formara parte de sus peregrinas teorías.

Caminé por la platea, ahora completamente desierta, silenciosa y triste. Estaba pensando en la noche terrible del seis de febrero, con la cabeza rubia de Viveca Turnbull rodando por el escenario...

También pensé en Vicky, en el Club 1800, en mi persecución de aquella noche, en la niebla, hasta llegar al viejo fiacre inmóvil, negro y siniestro, perdido en el callejón del *night-club* demodé.

Y pensé en las cosas que me había dicho esa misma noche el

inspector Blackburn, cuando supo a lo que me había arriesgado, tras encontrar sin vida al maestro de baile ruso, en su despacho, lanzándome en persecución de un feroz asesino, como si fuese el deporte más alegre y divertido del mundo.

A Blackburn no le habían convencido mis ideas respecto a la bella Vicky Lane, o Vicky Frankenhaimer. Para él, ella era descendiente de un asesino demente que había jurado ser capaz de transmitir la genética del crimen a sus familiares, ella fue discípula del infortunado Serge Lenov, y para él, ella estaba en el Club 1800 cuando yo entré en el local, persiguiendo a un enmascarado personaje con macferlán, que igual podía ser hombre que mujer. En nuestros días, una mujer esbelta, vestida de hombre, no se diferencia tanto de un hombre, sobre todo si éste es joven y lleva larga melena a la moda.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no me deja en paz?

Me sobresalté en principio. Tras ver partir a *sir* Randolph, había creído estar solo en el Old Royal. Y he aquí que, de repente, surgía ante mí aquel hombre, hasta entonces oculto, sin duda, entre los muebles y practicables del escenario. La solitaria bombilla de iluminación del mismo proyectó su larga sombra sobre las tablas. Por un momento, creí tener ante mí al propio Drácula redivivo. Era lo único que hubiera faltado en aquel asunto.

No era Drácula, aunque su rostro pálido, estirado y taciturno, y sus ropas oscuras, que alargaban su silueta, contribuyeran a crear semejante impresión. Era solamente un hombre joven, triste y enfermizo, cuyo rostro conocía yo bien por los ecos sociales relacionados con el teatro y su ambiente mundano.

Era Derek Marsh, el examante de Viveca Turnball. Un joven de rica familia de abolengo, decadente y enfermizo. Noctámbulo, crápula y mujeriego. Quizá bebía y fumaba drogas. Era un auténtico espectro humano, y más en aquel condenado ambiente del viejo teatro.

Le contemplé desde el otro lado del escenario. Eramos como un espectador y un actor, en una rara escena coincidente para ambos.

—No sabía que estuviera aquí —dije por fin—. Esto parecía vacío. Vine a despedirme del viejo teatro, Marsh.

—Hum... Me conoce... Espere. Creo que también le conozco yo a usted. ¿No es el periodista, Geoffrey Symons, el amigo del

inspector de Scotland Yard?

—Sí, el mismo —asentí con ironía—. Veo que me estoy haciendo muy famoso...

—No bromea, por Dios. Todo lo que sucede es horrible, Symons.

—Horrible —convine. Salvé sin problemas el foso de músicos, y escalé el escenario, sin sufrir torceduras ni distensiones dolorosas, como aquella del infortunado Blackburn, la noche de la tragedia. Me limpié el polvo de los pantalones, al llegar ante Marsh—. ¿También usted se despidió del Old Royal?

—Yo me despidió de muchas otras cosas —suspiró él con amargura—. Del teatro donde conocí la felicidad... y donde viví el mayor horror de mi vida.

—¿Viveca? —indagué.

Me miró con un escalofrío. Asintió.

—Viveca, sí —afirmó—. Ella era mi vida entera, ¿comprende?

—Claro. Tuvo que ser un golpe espantoso para usted, Marsh. Pero ya antes tuvo otros amores en el teatro, ¿no es cierto?

—Era diferente. Viveca era distinta a todas. La creían sólo una mujer exuberante, puro sexo y poco más. No, no era cierto. Ella era magnífica. Sensible, inteligente, aguda... Incluso más joven de lo que muchos pensaban. Su madurez era aparente, causada por su propia exuberancia, por la opulencia de sus formas... En otro tiempo, hubiera sido el tipo ideal de mujer. Ya me entiende. En la época de Rubens, o incluso como ecúyere, en los finales de siglo. Era cautivadora. Y algún maldito hijo de perra la asesinó...

—¿No cree que fuese Lomb mismo?

—Ése pobre diablo... —meneó la cabeza, nervioso—. No, no hubiera tenido valor para tanto, aun estando celoso de ella y de mí. Lomb manejaba una sierra trucada, una caja con un juego de resortes. Y ella se contorsionaba tan perfectamente... Ella no pudo fallar. Alguna persona desconectó los sistemas de alarma del interior de la caja, al tiempo que manipulaban en ésta para que ella no tuviera espacio para su contorsión. Cambiaron la sierra eléctrica de mano, eso es seguro. Y en vez de pararse o trucar los cortes, los hizo de veras, decapitando a la pobre Viveca...

Se cubrió con horror el rostro, sollozando. Yo le miré pensativo, casi sintiendo compasión por aquel noctámbulo enamorado y vicioso que bajaba la rampa de su decadencia total. Le vi tan

demodé como al propio teatro que iban a derribar. Todo allí olía a carcoma y a vejez. Era como vivir absurdamente en otro tiempo, cuando Frankenheimer asesinaba a la gente de teatro...

—Todo debió suceder como usted dice —afirmé calmoso—. Pero me pregunto por qué...

Me miró fijamente, como dudando de mi sinceridad al hablar así. Sus ojos tenían un brillo raro y profundo.

—¿Pero es que aún no lo entiende? Sucedió así, porque él lo quiere... —dijo con entonación lúgubre, inquieta.

—¿El? —puntualizó—. ¿A quién se refiere, Marsh?

—A él, al asesino, naturalmente —jadeó Derek Marsh—. Al doctor Frankenheimer. A Austin Frankenheimer...

—Austin Frankenheimer murió hace casi cien años, en la horca —le recordé gravemente.

—Eso no es cierto, Symons. Su abuelo lo escribiría en folletones, pero no es cierto. El doctor Frankenheimer no murió. No podía morir.

—¿Por qué? Todo el mundo muere. Todo el mundo puede morir, porque tiene que morir.

—Oh, es que usted no lo entiende o no quiere entenderlo —se enfureció, sacudiendo su cabeza con vivo nerviosismo—. Frankenheimer investigaba algo grande... Por eso robaba cadáveres de los cementerios, por eso asesinaba gente para mutilarla y obtener miembros de sus cuerpos...

—Sé todo eso. Investigaba la genética del ser humano, tenía la loca idea de aplicar unos cromosomas que, con el tiempo, permitieran heredar el instinto asesino. Eso entra más en el terreno de lo fantástico, de la ciencia-ficción, que de la pura y lógica realidad científica, incluso en nuestros días.

—Lo fantástico... ¿Qué sabe usted que pueda ser lo fantástico? —murmuró amargamente mi interlocutor—. No, Frankenheimer no sólo investigaba la herencia del crimen, sino algo muy superior, algo fabuloso e increíble...

—¿Qué es ello, según su teoría?

—La inmortalidad.

—La... ¿qué? —mascullé, asombrado.

—La inmortalidad del hombre. Una inmortalidad física. Morir y poder resucitar normalmente, por un retorno de las células a la

vida, paulatino y constante. Hoy en día, a los cien años de su muerte... Frankenheimer, el médico loco aún vive. Y esta de ahora es su prueba: está asesinando como lo hizo entonces. Es su aviso, su tarjeta de visita, Symons. Ahora, falta una víctima aún. La séptima víctima, para que se cumpla el ciclo. Y yo sé quién es esa víctima.

Posiblemente estaba peor de lo que yo imaginé. No sólo enfermo y decadente, sino chiflado por completo. Aun así, sentía curiosidad por ver adónde iba a parar Derek Marsh, aquel pobre diablo, en sus fantásticas divagaciones.

—Veamos —dije—. ¿Quién será la séptima víctima?

—Yo.

—¿Usted? —enarqué las cejas—. ¿Por qué supone tal cosa?

—La panoplia familiar, Symons... La panoplia de mi casa solariega en Kilburn...

—¿Qué le ocurre a su panoplia?

—Falta de ella el hacha. La vieja hacha con el escudo de los Cromwell en su mango, legado de mis antepasados. Afilada, poderosa, fuerte... Un día, me dijo una pitonisa que sería muerto violentamente... con una de mis propias armas. ¿Entiende eso? Viveca estaba conmigo. Nos reímos alocadamente de esa tontería. Eso era entonces. Ahora veo claro. La profecía era cierta, Symons. Me quitaron una de mis armas. Moriré bajo el filo de esa hacha, cualquier día... cuando el doctor Frankenheimer en persona me visite...

Y sin añadir más, se alejó, como un espectro, rígido y silencioso, camino de la salida posterior, la puerta del escenario del Old Royal.

Me dejó tan perplejo, que ni siquiera fui capaz de retenerle o exigirle mayores aclaraciones. Sencillamente, me quedé quieto, parado en medio del escenario, preguntándome si todo el mundo a mi alrededor estaba loco, o era yo quien empezaba a volverme demente, y veía como locura la normalidad de los demás.

El pasillo de camerinos de la planta baja, era corto en extensión. Solamente seis camerinos, en dos hileras de tres puertas. Al fondo, el acceso al foso del teatro, donde se hallaba la utillería y guardarropía del Old Royal.

Miré esos camerinos. Pensaba visitarlos todos, en un último paseo sin objeto, pero que me permitiría vagar por última vez por aquel mundo alucinante, de polvo y de vejez, donde la gente odiaba

o amaba, donde los hombres creían en pitonisas, fantasmas, resurrecciones, y cosas parecidas.

No conocí los nombres inscritos en algunas puertas. Pero sí los de las dos últimas, una frente a otra. La primera, mostraba una estrella plateada con el nombre de la última figura que lo ocupó:

VIVECA TURNBALL

El otro, perteneció a su *partenaire*, el duke of Wonderland. A Cyril Lomb.

Probé la puerta del primer camerino. Cedió a mi impulso sin dificultades. Tanteé, buscando la llave en el muro. La encontré. Al girarla, un festón de luces rodeó el espejo, delante del tocador vacío. Contemplé aquello en silencio. Tarros de crema, maquillajes, postizos, pelucas, cien cosas propias de una mujer. En un armario abierto, trajes de escena, batas, zapatos abajo, en hilera... Todo lo de Viveca Turnball, la mujer decapitada ante mis propios ojos. La mujer cuya rabia cabeza jamás apareció.

Contemplé su fotografía en el muro. Había varias de ellas, pero ésta era la mejor. En color, en un buen estudio de arte. Ligera, ligerísima de ropa. Abundante, exuberante de curvas. Posiblemente Derek Marsh tuvo razón. Parecía algo madura, pero no lo era. Posiblemente ni siquiera llegaba a los treinta años, o los rozaba muy de cerca, pero nada más. Su opulencia y su sofisticación contribuían a caer en el error.

Aún resultaba así más penoso e imperdonable el crimen atroz de aquella noche. Una vida brutalmente destrozada en plena juventud, por la demencia de un monstruo perverso.

Salí del camerino de ella, con la impresión de haber profanado algo que debía mantenerse intacto, por respeto a su propietaria desaparecida. Pero era necesario hurgar, buscar, indagar en todo aquello, tratando de encontrar un indicio, de adivinar una explicación para definir lo inexplicable...

Yo no era policía ni era ésta mi misión, pero mi amistad con Blackburn, y mi propio papel dentro de aquella sangrienta farsa de grand guignol, me hacían intentar una labor impropia de mí, sin esperanzas, ciertamente, pero confiando en ser útil para esclarecer aquella horrible incógnita que pesaba sobre todos nosotros como una losa.

Probé fortuna también en el camerino de Cyril Lomb, el Duque del País de las Maravillas. Tampoco encontré dificultades en entrar. Di las luces. Contemplé un raro mundo de trucos y de juegos de magia e ilusión.

También Lomb tenía intacto su camerino, y en él sus recursos de ilusionista. Recorrí con mirada pensativa todo aquello, para detenerme, insistentemente, en un objeto determinado.

La capa roja.

Era un duplicado exacto de la que sirvió para un crimen espantoso. De roja laca y negro interior. Idéntica a la que despertaba en mi recuerdos escalofrantes.

Junto a ella, una sierra de mano, eléctrica, y otros instrumentos para diversos juegos escénicos. Pero a mí, lo que me interesa era la caja esкарлата. Y la sierra de mano.

Me moví hacia todo ello, resueltamente, tras cerrar con cuidado la puerta tras de mí. En la soledad silente del viejo teatro, nadie iba a impedirme que curioseara, un poco morbosamente, en todo aquello.

Y así lo hice.

Así lo hice, sin saber lo que con ello iba a provocar.

La caja esкарлата...

Era una de las grandes claves de uno de los seis asesinatos del Mutilador, en su versión actual. La caja de madera negra y roja, laqueada, encerró un cuerpo lleno de vida, hasta provocar el horror, la sangre, la muerte brutal y espeluznante.

Allí dentro se situó ella, Viveca Turnball, con su estereotipada sonrisa, a esperar la ficticia muerte de cada representación. Pero esta vez fue distinto. Esta vez la mataron de verdad...

Me estremecí. Horrible y cruel agonía allí dentro, confinada en un auténtico ataúd, angosto y efectista, donde su cuerpo, privado de las contorsiones habituales, no pudo evitar el tajo mortal de la sierra eléctrica manipulada por su *partenaire*. En aquel estrecho encierro, no pudo hacer funcionar un sistema de alarma, posiblemente desconectado a propósito. Allí dentro, con horror, debió ver cómo avanzaba, cómo ganaba terreno el filo mellado de la sierra, hasta hacer presa en su garganta.

La caja, aun en su duplicado, me causó un profundo pavor. Vi

sus bandas metálicas para sujetar el cuerpo encerrado. Las probé. Cedían automáticamente, apenas ajustadas, abriéndose. Sin duda, formaba parte del truco, cuando éste salía bien.

Tuve una idea que podía parecer inquietante, pero dado que estaba solo en el teatro, no ofrecía peligro alguno. Me metí dentro de la caja escarlata, vertical, duplicado del féretro sangriento de Viveca Turnbull.

Sonreí. No era tan terrible. Incluso podía ajustar la tapa, porque desde dentro se accionaba con un pestillo de fácil funcionamiento. Además, alguna rendija interior permitía respirar libremente, una vez encerrado en ella. De modo que cerré la tapa, y la sentí chascar, al ajustarse sobre mí. La oscuridad interior me envolvió. Me encontré en un negro y estrecho encierro. Pero descubrí la rendija lateral, por donde penetraba el aire respirable. El juego negro y rojo del recinto, impedía advertirlo desde fuera, pero nadie podía morir asfixiado allí dentro.

Metido allí, en un lugar idéntico al que ocupó ella, Viveca Turnbull, traté de pensar, de ajustar mis ideas a las que entonces pudo tener la mujer allí encajada, aunque para ella todo esto formase parte de una rutina, de un trabajo cotidiano, de algo que se podía hacer sin la menor dificultad, e incluso sin el más leve riesgo.

De repente, me puse rígido dentro de mi encierro. Había creído ver algo en movimiento, allá por la rendija de luz que asomaba al camerino. No era posible, pero luego fue un roce, una ahogada respiración... y de nuevo una sombra, un cuerpo sólido, interponiéndose entre la luz y yo, a través de la hendidura de la caja escarlata.

No sé por qué, se me erizaron los cabellos. Pensé lo peor. Y, rápido, apoyé mis manos en la tapa y accioné el resorte de salida, para abandonar la caja de laca roja y negra.

Un sudor helado invadió mi cuerpo, hizo viscosa y resbaladiza mi piel, cuando vi que la tapa no cedía, al tiempo que otro chasquido, en el exterior, parecía ajustar una invisible cerradura que me dejara allí dentro, aislado y encerrado para siempre.

—¡Espere, espere! —gemí, con voz ronca. Pegué a la madera—. ¡Estoy dentro, no cierre! ¡Déjeme salir, se ha equivocado!

No ocurrió nada. Y lo que pude percibir, no era para tranquilizar a nadie. Sonó una risita suave, más allá de la tapa de madera. Una

leve carcajada, entre sardónica y feroz. Luego, para mi horror, cuando frenéticamente miré por la rendija, esforzándome por ver algo más que un trozo de suelo, unas bombillas de pintura mate y la extremidad azul de la sierra eléctrica de mano, descubrí unas manos enguantadas. Unas manos que, calmosamente, aparecían en mi campo visual y movían, justamente, aquella hoja dentada, la de la manejable, ligera y mortífera sierra eléctrica.

Inmediatamente, sonó un zumbido monocorde dentro del camerino. La sierra se movió, en manos de alguien, hacia la caja donde yo me hallaba, vibrando al compás del zumbido.

¡La sierra funcionaba... e iba a empezar a cortar en pedazos la caja conmigo dentro!

Emití un grito, otro, otro. Golpeé desesperadamente las paredes de negra madera laqueada, pugnando por salir de allí como fuese. No logré nada. Nada en absoluto.

Solamente supe que el zumbido aumentaba de volumen, que de repente se convertía en una vibración tremenda de la caja que me envolvía... ¡y la madera empezó a ser seccionada por la sierra asesina que esgrimían las manos de un anónimo personaje, encerrado conmigo en el camerino del teatro solitario!

Me golpeó el serrín pulverizado, cuando la hoja dentada penetró, implacable, en el oscuro rectángulo interior, aproximándose inexorable a mi cuello.

Entonces lo supe. Supe que habría una séptima víctima.

Y esa víctima... era yo.

CAPÍTULO IX

EL ASESINO

Nunca me sentí más próximo a la muerte.

El filo dentado estaba a cosa de dos pulgadas de mi garganta, vibrando siniestramente, cuando ocurrió el milagro.

Nunca pensé que un milagro estuviera compuesto de gritos, silbatos, disparos y demás ruidos. Pero en este caso, fue así.

La sierra se detuvo a poco más de una pulgada. Si me movía, sus dientes de acero afilado me cortarían la epidermis, haciéndola sangrar. Sentí que la caja oscilaba violentamente, que una voz emitía una ronca imprecación de ira, y unos pies corrían hacia alguna parte. Un crujido formidable reveló el derrumbamiento de una puerta, y a los silbatos y voces se unió un juramento nada edificante, en la dura voz inconfundible de Sidney Blackburn, inspector de Homicidios de Scotland Yard.

Luego, hubo más disparos, estruendo de vidrios rotos y un alarido de dolor, de angustia, en alguna parte más distante. Inmediatamente, el filo dentado de la sierra desapareció de mi vista, hubo maldiciones y comentarios furiosos en torno a la caja que iba a ser mi féretro, para finalmente abrirse ésta con un doble chasquido del cierre de seguridad, lo cual me permitió salir de mi trágico encierro de un salto, maldiciendo todo lo habido y por haber, pero feliz por contarle tras la pesadilla vivida allí dentro durante unos instantes que se me harían inolvidables mientras viviese.

Vi rostros conocidos: el inspector Blackburn, sus colaboradores más directos, *sir* Randolph Bellair, lord Walpole, algunos empleados del teatro... Frenético, indagué:

—¿Y el que manejaba la sierra? ¿Dónde está? —vi el

esplendante objeto en el suelo, y busqué en vano a su manipulador anónimo, sin hallarle.

—Cálmate, Geoff —me pidió Blackburn, ceñudo, pistola en mano. Señaló a una ventana, al fondo del camerino, tras el biombo a medio derribar—. Escapó por ahí quien fuese, pero iba malherido. Mis hombres le alcanzaron, estoy seguro.

—¿Pudisteis verle? —indagué.

—No, maldita sea. Se escabulló pronto, escondiendo el rostro. Llevaba abrigo o impermeable oscuro, no pude comprobarlo exactamente. Geoff, ¿qué mil diablos hacías metido ahí?

—Quise ser curioso, y me metí en un cepo —refunfuñé. Luego, enarqué las cejas—. ¿Y tú, Balckburn? ¿Cómo llegaste aquí tan a tiempo?

—*Sir* Randolph me dijo que te había visto entrar en el teatro —explicó malhumorado el policía—. Quería decirte que tengo una orden de arresto contra esa chica, Vicky Lane, llamada realmente Vicky Frankenhimer. Nada definitivo aún, pero deberá someterse a un examen psiquiátrico legal, y una serie de pruebas médicas...

—No me digas que también caísteis vosotros en la trampa de esa ridícula historia de los genes asesinos hereditarios y todo lo demás —me lamenté, irritado—. En ese caso, valdría más aceptar la teoría de Derek Marsh.

—¿Cuál es la teoría de ese borracho, drogado, libertino y decadente? —gruñó Blackburn.

—Que el doctor Austin Frankenhimer existe. Que El Mutilador resucitó a los cien años —dije, con enfado. Y corrí a la ventana abierta, asomándome a ella. Era oscura, daba a un patio cerrado con claraboya allá arriba, muy arriba ciertamente. Había cuerdas, una polea en lo alto del muro... La cuerda oscilaba violentamente aún. Otro policía estaba estudiando el lugar con una lámpara eléctrica y hablando con otro excitadamente. Me volví a Blackburn. Añadí, sarcástico—: Si esperáis mucho, la pieza escapará. Ha subido con ayuda de una soga y una polea. No sé adónde, pero ha subido.

—No importa —dijo despectivo Blackburn, encogiéndose de hombros—. Tengo rodeado el lugar. Doble cerco al teatro y al bloque de edificios. Vicky Lane no estaba en el Club 1800 ni tampoco en su domicilio. Alguien aseguró que venía al teatro. Pudo ser, ¿no?

—Pudo ser —admití, sabiendo lo que quería decir. Sacudí la cabeza—. Una mujer usaría fácilmente esa sierra, pero no creo, aun así, que se trate de ella. Y lo demostraré.

Salí inesperadamente por el hueco de la ventana, anticipándome a los vacilantes policemen que dudaban junto al alféizar.

—¡Eh, Geoff, vuelve acá! —rugió el inspector—. ¡No es cosa tuya, deja eso! ¡No quiero más juegos a los detectives particulares, maldito seas! ¡Vuelve enseguida, es una orden!

No le hice caso. Estaba escalando ya el muro del patio interior, con ayuda de las cuerdas y el juego de poleas. Vi regueros oscuros en la pared color gris claro. Posiblemente sangre humana. No me paré a comprobarlo. Tenía prisa. Mucha prisa, en realidad.

Me había propuesto dar alcance a quien manejó la sierra contra mí, fuese quien fuere. Yo no era un policía. Pero era mi vida la que estuvo en juego. Primero, al atacarme en mi propia casa familiar, en el desván, quitándome el manuscrito de Frankenheimer; después, al convivir con el asesino bajo un mismo techo —el del bailarín ruso Lenov—, y ahora al estar a punto de ser el decapitado, la víctima en séptimo lugar. La última del ciclo que parecía inmutable en aquel cuento de locos.

El ascenso en vertical, aferrado a la cuerda que quemaba mis manos, fue rápido pero agotador. Cuando hube terminado la ruta, me encontré ante otra ventana abierta... que me situó automáticamente en los telares del Old Royal, muy por encima del escenario, allí donde colgaban los decorados y cortinajes, para ser descendidos por los tramoyistas, en el momento oportuno de la representación.

Un suelo de tablas horizontales, paralelas, con peligrosas separaciones entre sí, formaban el único pavimento firme en las alturas. Mirar abajo, era proyectarse hacia el vértigo, y con él, encarar el riesgo de una mortal caída al abismo.

Prendí un fósforo para buscar, saltando de tabla en tabla, precavidamente. Así descubrí las manchas oscuras sobre los maderos. Me incliné sobre una de ellas. La toqué con la punta de mis dedos, y froté entre sí. Algo húmedo había en mi piel. Húmedo, con un olor salobre, metálico casi.

Sangre.

Sangre humana. Sangre del fugitivo, del asesino herido.

Blackburn tuvo razón. Los policemen habían alcanzado a su presa. Iba herido. Perdiendo sangre por el camino de su fuga. Fácil rastro incluso para un profano como yo. Rastro que no estaba dispuesto a perder.

Me costó consumir la casi totalidad de fósforos de que disponía. Distante, podía captar ecos de voces, comentarios, carreras, silbatos policiales. El cerco al teatro era total. Habían ido en busca de Vicky Lane, y posiblemente iban a encontrarse entre sus manos a otra persona muy diferente. Porque yo no creía en absoluto en la culpabilidad de la bella muchacha del Club 1800, por muy biznieta de Frankenhimer que ella fuese.

Pero gracias a la celeridad de mi acción, llevaba ya alguna ventaja a los agentes de Blackburn, y esa ventaja se traducía en mi mayor proximidad al fugitivo, estuviera éste donde estuviese.

Seguí adelante hasta un punto donde me detuve, perplejo. Era la cabina de mando eléctrico para la tramoya. Desde allí, un cuadro luminoso marcaba los telones o cortinas que debían ser izados o descendidos, y un empleado hacía actuar automáticamente los mandos, cumpliendo la orden del regidor.

Allí terminaba el reguero de sangre. Pero allí dentro no había nadie. Accioné un resorte, dando luz a la cabina. Por fortuna, la iluminación aún no había sido interrumpida en el interior del Old Royal, antes de su derribo. Eso ocurriría en las próximas horas.

Me detuve, perplejo, delante de la última gota oscura, color óxido, que destacaba sobre la madera, en el umbral de la cabina. Mis ojos, al girar a un lado y otro, captaron manchas de dedos, en rojo oscuro, sobre el marco de la entrada.

Las cosas le iban mal al fugitivo. Muy mal. Sangraba demasiado, se taponaba la herida con sus manos, y debía apoyarse a veces para no caer. Los indicios eran obvios.

Pero eso no aclaraba su actual paradero. No estaba en la reducida cabina de control de tramoya en el telar del teatro. Y ésta no tenía otra salida o entrada.

Miré a ambos lados. Entonces descubrí la apenas visible puerta lateral, inmediata a la cabina de control.

Sorprendido, me aproximé a ella. Era angosta, pequeña, metálica, casi oculta por una auténtica madeja de cables y cuerdas de los telares, más un amplio cuadro eléctrico de bambalinas.

Vi sobre ella, a la claridad de la luz eléctrica de la cabina vecina, una oscura mancha color vino Burdeos. Más sangre...

La moví. Pronto descubrí que funcionaba en forma de guillotina. La alcé, suavemente, y produjo un largo chirrido. Quedó abierto un negro hueco a lo desconocido. Asomé. El olor a humedad era muy intenso. No disponía de más fósforos, pero descubrí unos cables que vibraban levemente, hundiéndose en las tinieblas. Y una manivela lateral. Entendí.

—Un montacargas... —murmuré entre dientes—. ¿Adónde conducirá?

La plataforma no estaba a aquel nivel, sino mucho más abajo. Accioné la manivela. Algo chirrió lejos, en la sombra. Comenzó a subir, a aproximarse. Seguí dando vueltas de manivela, hasta que el viejo y chirriante montacargas asomó ante mí, parándose de súbito.

Era un cajón metálico, sin paredes laterales, donde podían caber perfectamente dos personas. Tal vez se usaba indistintamente, para enviar material o personal del teatro. Tenía un mando propio, independiente del que existía en el telar. Decidido, subí al transporte. Lo manipulé, comenzando a descender.

Mis dedos tocaron el piso del montacargas. Allí sí estaba húmedo, pegajoso. El olor resultó inconfundible. La mancha era copiosa, densa. El fugitivo se desangraba por momentos. No podía estar ya muy lejos.

El descenso era un poco al azar. No sabía siquiera adónde iba a conducirme. Pero un hombre herido que huye, iría hasta, abajo, lo más lejos posible de cualquier perseguidor. Es lo que le dictaría su instinto. Y es lo que hice yo.

Cuando toqué fondo, me detuve. Había acertado. La abertura del montacargas estaba totalmente franca. Salté fuera. Unas bombillas rojizas iluminaron, fantasmales, el paraje.

Un extraño lugar de techo bajo, un enjambre de tablas, listones y soportes de madera. Los fosos de un viejo teatro tradicional, como era el Old Royal.

Regueros oscuros ante mis pies, que se movieron rápidos, pasando ante el acceso a la concha del apuntador, para llegar ante otra escalera ascendente que moría justo en el techo del foso, donde no parecía haber siquiera trampa o escotilla alguna. Pero sin duda la había, o la escalera no tendría sentido.

Miré en torno mío, perplejo. Además de los escalones de madera, había un par de vías o carriles metálicos descendentes, bajando desde el techo, que era a no dudar el suelo mismo del escenario. Encontré súbitamente dos botones, uno rojo y otro amarillo, casi ocultos por una tabla del suelo del foso. Presioné el amarillo sin resultado. Luego, el rojo.

Esta vez sí dio resultado.

Hubo un levísimo, imperceptible zumbido. Descendió un rectángulo del techo, sobre los raíles bien engrasados. Me quedé de una pieza.

Sobre el trozo de suelo del escenario, de brillante linóleo negro, descendía algo más.

Descendía el cuerpo de un hombre tendido de bruces, bañado en su propia sangre, con un negro impermeable, sin brillo, y un sombrero ajustado hasta sus cejas. Las manos estaban enguantadas. Como yo vi las manos asesinas desde mi encierro, tomando la sierra eléctrica, en el camerino de Cyril Lomb, el Duke of Wonderland.

Le volví. Estaba muerto. Tenía vidriados los ojos, bajo el ala de su grotesco sombrero oscuro, contraída la boca, lívida la faz angulosa, pequeña, tímida y casi ridícula.

Pude identificarlo inmediatamente.

Era el propio Duke of Wonderland. Cyril Lomb, el hombre que decapitó a Viveca Turnball. El hombre que estuvo a punto de decapitarme también a mí.

El asesino del Old Royal.

CAPÍTULO X

MUSEO DE CERA

—¿Tú lo entiendes, Geoff?

—No. No lo entiendo, Vicky —confesé—. Todavía no entiendo nada de nada. Pero mi consuelo es que la policía tampoco entiende cosa alguna. Blackburn está desorientado. Es como si nada se hubiera puesto en claro.

—Pero..., ¿es que se ha puesto algo en claro? —indagó Vicky Lane, agudamente.

La miré, y ella a mí. Su sorprendente inteligencia, la vivacidad de sus ojos, destacaban de su persona, venciendo incluso a su belleza, a sus innumerables encantos físicos.

—No —suspiré—. Creo que no. Solamente tenemos un presunto asesino, un fugitivo muerto por la policía después de su fallido intento de asesinarme a mí, como antes había sido asesinada su *partenaire*, Viveca Turnbull. Pero eso es todo. El, ciertamente, trató de matarme, de eso no hay duda. Acaso mató a Viveca. ¿Por celos a ella? Posible. ¿Por miedo a mí? Tal vez. Pero ¿y los demás asesinatos? Hay cinco más, que no tienen explicación razonable alguna. Cyril Lomb parecía un pobre diablo, aunque no lo fuese. No tiene nada en común con Frankenheimer ni su extraña historia. En suma, resulta fácil decir que ya se resolvió el caso y se dio caza a un asesino. Pero Blackburn sabrá que no es sincero si dice eso; yo sabré que nada está claro, piense lo que piense, Vicky.

—Debería alegrarme todo esto, Geoff. Ello ha impedido que Scotland Yard me arreste como sospechosa ideal. Pero no; no me siento nada feliz. Presiento que la explicación de todo no es tan fácil, no puede ser tan fácil...

—Y no lo es —afirmé, rotundo—. Sé que hay algo más, pero...

¿dónde?

—Tal vez aquí, Geoff —dijo una voz a mis espaldas—. Da el caso por concluido, muchacho, como Scotland Yard va a hacerlo ahora. Ésta es la prueba definitiva contra Lomb.

Y al volvemos Vicky y yo, Sidney Turnball, de Scotland Yard, tiró sobre la mesa algo que traía consigo bajo el brazo. Lo miré. Reconocí en el acto el legajo grueso, de papeles amarillentos, ocre, rancios y polvorientos, atados rudimentariamente formando un volumen de tosca encuadernación.

—El Manuscrito de Frankenheimer... —susurré, estremecido. Me incliné, lo toqué, y me volví a Vicky, con cierta aprensión. Ella, rápida, fue a por el volumen, lo hojeó, estremecida, como fascinada por aquel recuerdo de su pasado, de un antecesor suyo, perdido en la noche de los tiempos, en las tinieblas del horror y de la demencia.

—Eso es; el manuscrito, Geoff. Esto da por terminado el caso, ¿no?

—¿Por qué motivo? —indagué—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—En casa de Lomb —manifestó secamente Blackburn—. El te lo robó aquel día. Fue el hombre que te siguió siempre, el que mató a Lenov, a los demás... Y todo por ese puñado de amarillentas hojas sin valor...

—¿El manuscrito? —dudé—. ¿Cree usted que ése puede ser el motivo?

—Sin duda lo es —afirmó él, enfático—. Si lo lees, te enterarás de todo. No sólo había una supuesta «herencia genética del crimen», según la deslumbradora teoría del doctor Frankenheimer, posiblemente falsa y pretenciosa. Hay otra clase de herencia, Geoffrey.

—¿Otra herencia? —rezongué, enarcando las cejas—. No puedo entenderlo...

—Ahí está bien claro —golpeó las hojas carcomidas por el tiempo y el abandono, el legado que de Frankenheimer obtuviera personalmente mi abuelo Brian, cien años atrás—. En los últimos folios aparece escrito en clave. La clave debe interpretarse más tarde. Cuando hayan transcurrido cien años de su muerte, según Frankenheimer.

—Es un puro disparate. Una clave puede interpretarse en

cualquier momento, desde que es creada y se deja escrita en alguna parte.

—No, Geoff —suspiró Blackburn—. No esa clave. Está sugerida en el manuscrito. Pero el Banco de Inglaterra tiene la solución final.

—El Banco de Inglaterra... —revelé mi enorme perplejidad—. No puedo entenderlo, Sidney.

—Es fácil. El Banco de Inglaterra posee la fortuna de Frankenheimer. La historia y el folletín olvidaron eso por un igual. Frankenheimer era algo más que un investigador, un cirujano, un médico, un amante del teatro... y un asesino loco. Era un hombre de fortuna. Dejó toda, íntegra, a la persona que fuese su sucesor en el año del centenario de sus asesinatos más célebres. Esto es: en 1970, al siglo justo de sus crímenes... y de la inauguración del Old Royal, donde él conoció y amó a alguna mujer, pero también donde él inició su feroz carrera de crímenes y mutilaciones. Desde 1870, el Banco de Inglaterra posee ese legado que, como toda herencia, es inviolable hasta la fecha decidida por el poseedor de la fortuna. Frankenheimer, que no hizo su dinero precisamente por medios ilícitos, tenía perfecto derecho a dejar esos bienes a quien quisiera, y en las condiciones que él deseara. Por eso dio el manuscrito a tu abuelo, Geoff. Confiaba en que él lo haría público a la larga, y un día, su descendencia, entendería el mensaje implícito en el manuscrito, yendo al Banco de Inglaterra a por sus bienes, tras cien años de depósito.

—¿Y el Banco pagará esa fortuna a quien acredite ser descendiente de Frankenheimer?

—Religiosamente, sí. Ya hablé con el director del Banco de Inglaterra. Sólo que quien lo haya de cobrar no precisará necesariamente probar esa descendencia, sino presentar al Banco los términos de la clave en su totalidad. Incluida la última página del manuscrito, que es la que da derecho definitivo a la posesión de tales bienes. Bienes que, necesariamente, el heredero dedicará a continuar la obra iniciada por Frankenheimer hace cien años.

—¿Qué obra? ¿La Medicina, la Cirugía, la mutilación... o el crimen? —indagué.

—Lo ignoro —el inspector se encogió de hombros—. Dependerá de la mentalidad e instintos del heredero, ¿no?

—Has dicho «la última página»... —murmuré, yendo directo a

por el manuscrito y comenzando a hojearlo febrilmente, por su final.

—Sí —rió entre dientes Blackburn—. No busques, Geoff. Sería en vano. A ese documento, le falta... la última hoja.

Y era cierto. Pero no era de ahora. Siempre le faltó. Miré aquel párrafo final, firmado por el propio Austin Frankenhimer, en marzo de 1870.

«Este manuscrito, que legaré a la persona en quien deposite mi confianza antes de morir, solamente notará en falta la existencia de una última hoja. La que falta aquí, no será olvido ni omisión involuntaria. Esa hoja, forma parte del legado de Austin Frankenhimer, a su descendiente, para dentro de cien años. La persona que presente esa última hoja, junto con la clave designada de antemano, en el Banco de Inglaterra, en fecha de marzo de 1970, igual a la de este manuscrito, habrá demostrado ser digno descendiente mío y, por ello, heredero de mi fortuna, que destinará a continuar mi obra. Y él sabrá qué obra quiero decir.

»Esta última hoja, forma la parte final de la clave que identificará a mi heredero».

Me quedé mirando a Blackburn; luego, giré la vista hacia Vicky, que leía por encima de mi hombro aquel viejo texto casi confundido con el ocre de papel.

—Vicky, si tú eres biznieta de Frankenhimer..., sabrás dónde está esa última hoja —susurré—. ¿La tienes tú acaso?

Ella me miró. Abierta, lealmente al parecer. Luego, negó despacio:

—No, Geoff. No sé nada de eso —dijo—. Nunca la supe. Me creas o no, es la primera noticia que tengo de ello.

Me quedé con el manuscrito incompleto en mis manos, sin saber qué hacer o decir. Busqué, malhumorado, en otras páginas.

—Bien, ¿y cuáles son las otras claves, Sidney? —pregunté irritado al inspector.

—Los asesinatos —dijo él fríamente.

—¿Qué? —mascullé.

—Los asesinatos, Geoffrey —repitió—. Cada persona muerta,

poseía una clave, entregada por el propio Frankheimer entonces, a los antepasados de esas gentes... Todos son de viejas familias teatrales, es fácil comprobarlo. Tradicionalmente, siguieron la carrera sus antepasados, y tradicionalmente la siguieron ellos. No sé si desgraciada o afortunadamente, mi querido Geoff, éste es un país de tradiciones, y Frankheimer lo sabía, cuando envió sus claves futuras a aquellas familias de teatro que, con los puños, irían dejando tal clave, inadvertidamente, a sus descendientes. Así, los nuevos crímenes no son caprichosos ni al azar, sino fruto de una calculada determinación, tomada por un monstruo del crimen, un siglo atrás... Mira esto, Geoff, y dime qué opinas. Tu abuelo merecería una buena tunda por no haberlo dado a la publicidad o haberlo entregado a Scotland Yard..., aunque dudo que nadie se hubiera fijado realmente en tan complicado y sofisticado procedimiento de dejar la herencia del crimen a un ser humano, a cien años de distancia...

Abrió el manuscrito por un punto. Nos inclinamos a mirar Vicky y yo.

Allí aparecía, bien claramente, una lista de nombres. Los leímos:

- «Familia Bennings. Transmisión de pensamiento y telepatía.»
- «Familia Wilburn. Hipnotismo, sugestión, fantasía.»
- «Familia Dexter. Empresarios y managers de circo y teatro.»
- «Familia Talbot. Manipulación, magia y funambulismo.»
- «Familia Lomb. Magia, contorsiones, efectismos y trucos.»
- «Familia Marsh. Aristócratas mujeriegos y crápulas.»
- «Familia Smiths.»

Me quedé de una pieza. Antes de hacer comentario alguno, leí lo que añadía Frankheimer al pie de la extraña lista de siete nombres:

«Mi heredero sabe lo que esto significa. Sabe lo que es la estirpe en el mundo del circo y las variedades, donde la atracción pasa de padres a hijos y a nietos. Mi heredero lo sabe. Son siete claves dispersas. La octava está en sí mismo, en la persona que lleve el apellido Frankheimer. Con los ocho datos, la clave está completa, y mi herencia es suya. Si no lo hace;

demostrará que no merece seguir el destino fijado. Pero sé que lo hará. Lo sé. Y eso me basta».

Volví a mirar a Blackburn. Y a Vicky. Le pregunté a ella, tenso:

—Vicky, si eres tú la biznieta de Frankenhaimer... tienes que saberlo. Conoces el octavo punto de esa clave... y sabes lo que significan esos nombres escritos ahí, hace cien años...

—No, no lo sé —musitó ella, roncamente—. Lo juro. Nunca supe nada de nada. No me vais a creer, pero es lo cierto...

Nos quedamos todos callados, en el gabinete de mi casa. Blackburn parecía tan escéptico como yo. Excitado, le señalé la lista.

—Sidney, mira eso —dije—. No está la Turnball, ni Lenov. En cambio, está un desconocido Smiths, sin más datos, está Lomb, que ha muerto tras intentar asesinarme... ¡y está Marsh!

—He enviado ya policías a casa de Derek Marsh, para su protección —dijo Blackburn, abrupto—. Están al llegar. En cuanto a Lomb..., debe ser quien buscamos: el heredero de Frankenhaimer. Si es así, Marsh nada tiene ya que temer. Posiblemente lo de Vicky haya sido una falsa pista para desorientarnos, y por eso mataron a Lenov. Los demás sí encajan en el juego de muerte: Bennings, Wilburn, Dexter, Talbot... Todos muertos ya. Familias de circo, de variedades, estirpes artísticas que nunca mueren, salvo por la violencia... Sólo nos queda ese Smiths, que no entiendo...

—Pero ¿cuáles son las claves, aparte ser asesinados todos ellos? —casi grité.

—No sé —confesó Blackburn con un suspiro—. Algo que poseían, que les fue entregado a su familia por Frankenhaimer, hace cien años, con el deseo de pasar de padres a hijos. Sin duda un aparente obsequio, algo de valor... Unidos siete de ellos, más lo que posea el heredero, forma la totalidad de la clave que aceptará el Banco de Inglaterra. Pero ello es un secreto que el Banco no puede revelar por ética, y nosotros estamos obligados a resolver. Quizá una entrevista con Derek Marsh, ese joven crápula, nos aclare algo y...

Sonó el teléfono bruscamente. Nos sobresaltó. Fui hacia él. No sé por qué, presintiendo algo más. Acaso un desastre. Y no iba descaminado.

Era un desastre. Lo supe cuando oí la voz de Derek Marsh, al

otro extremo del hilo.

Una voz quebrada, rota, angustiosa y estremecida, que saltó, hiriendo mis tímpanos, apenas reconoció mi voz, preguntando quién llamaba:

—¡Dios sea loado, Symons! ¡Creí haberme equivocado, de teléfono otra vez! ¡He buscado a varios Symons en la guía telefónica, hasta pedir a su periódico el número de su teléfono! ¡Es urgente, muy urgente! ¡Necesito verle, hablar con usted!

—Le escucho —traté de apaciguarle—. No se excite ni eleve la voz, o le entenderé peor, Marsh. Vamos, hable ya.

—No, no —jadeó—. Así, no. No por teléfono, entienda. Es..., es demasiado grave el asunto. Debe venir usted personalmente.

—¿Personalmente? ¿A su domicilio, Marsh? —miré significativamente a Blackburn, que asintió, sin dejar de atender a la llamada, ceñudo y reflexivo—. Está bien. Iré en cuanto me sea posible...

—No, no. Ha de ser sin demora. Ahora mismo. O sería tarde. Demasiado tarde para todos.

—Bien, tengo cosas urgentes que hacer, pero...

—¡Déjelas! —aulló—. ¡Déjelas todas, por el amor de Dios! Es cosa de vida o muerte, ¿entiende? Sólo usted, Symons... Sólo usted puede ayudarme, si es que cabe posible ayuda... porque usted me creería, y los demás no. Symons, sería inútil llamar a la policía. Ellos no iban a creerme. No deje de acudir inmediatamente, se lo ruego. Antes de que yo pueda morir asesinado...

—¿Morir asesinado? —casi me exalté yo—. ¿Pero qué está diciendo? ¿Qué es lo que no le creería la policía, Marsh?

—Dios, ¿es que no lo entiende? —gimió—. He recibido una tarjeta. Una tarjeta de visita... del doctor Frankenhaimer.

—¿Qué? —aullé.

—En ella me dice que vendrá a las cinco. ¿Se da cuenta? A las cinco. A asesinarme. Me llegó mi turno... —una pausa breve, febril. Yo miré mi reloj. Allá, al otro extremo del hilo, sonó algo. Una puerta que se abría, un chirrido de bisagras mal engrasadas. Marsh, chilló luego, jadeando, pegada su boca al micrófono telefónico—: ¡Escuche! ¡Ya está ahí! ¡Ya ha entrado en mi casa el doctor Frankenhaimer, el Mutilador! ¡Se está acercando! ¡Symons, es tarde! ¡Ya es demasiado tarde!

Blackburn estaba utilizando frenético mi otro teléfono, para llamar a las brigadas móviles de Scotland Yard. El reloj mural marcaba las cinco menos seis minutos en su visita...

Sudoroso, crispado, posiblemente pálido, sintiendo a mi lado la respiración entrecortada de Vicky, y en el teléfono el estertor angustioso de Derek Marsh, traté de serenar al aterrorizado caballere:

—Escuche, Marsh. Si teme que sea él, o quienquiera que sea, con la idea de hacerle daño, ¡escape! Tome por la ventana, huya por donde sea, pero huya. ¡Huya de una vez!

—Imposible... —gimió—. Imposible... Ya..., ya está aquí. La puerta..., la puerta del gabinete... se está abriendo...

—¡Entonces defiéndase, maldito imbécil! —rugí—. ¡La policía está cerca de su casa ya, posiblemente esté llegando ahora! ¡Defiéndase!

El teléfono dejó escapar un chasquido de puerta abierta, un alarido que ponía los cabellos de punta, un impacto áspero, escalofriante, acompañado de un grito ronco, desgarrado. Luego, nada. Silencio. Silencio total. Habían desconectado. Posiblemente rompiendo el hilo telefónico.

—Se terminó —dije roncamente, soltando el auricular—. Blackburn, debieron acabar con él, o al menos con la línea telefónica...

—¡Vamos! —aulló el inspector, lanzándose hacia la puerta—. ¡Venid conmigo los dos!

Le obedecimos. En realidad, creo que estábamos deseando hacerlo Vicky y yo.

No resultó muy agradable la escena.

La casa de los Marsh era aún un edificio señorial, en Kilburn. Muy alejado del centro londinense. Nos costó llegar allí. Para entonces, ya había varias patrullas volantes rodeando el edificio y los alrededores. Los patrulleros saludaron respetuosos a Blackburn.

—Llegamos tarde, señor —informó uno—. Ya había ocurrido todo...

Ya había ocurrido. ¡Y de qué modo!

Vicky se sintió mareada y tuve que sacarla de allí rápidamente, pese a que apenas si entrevió la escena, por una puerta entreabierta. Blackburn y yo nos contemplamos en silencio.

—¿Y ahora, qué? —mascullé malhumorado.

—Ahora, a empezar de nuevo —jadeó con ira—. Hay alguien más. No sé quién será, pero hay alguien más, Geoff.

—El dijo que era el doctor Frankenhaimer —señalé al cadáver de Derek Marsh.

—¡Tonterías! —se irritó el inspector—. Sabes que los muertos no resucitan. Ni siquiera Frankenhaimer, aunque fuese un genio de la ciencia. Sólo ocurre que alguien pretende volvemos locos.

—Y lo está logrando —sonreí tímidamente.

Blackburn no contestó. Uno de sus hombres, le trajo algo, envuelto en un pañuelo, cuidadosamente. Se lo entregó a Blackburn, que lo examinó ceñudo.

—Estaba sobre una bandeja de plata, en el vestíbulo, señor —informó el policía—. Ahora interrogamos al servicio, pero ni el mayordomo ni la cocinera oyeron cosa alguna, hasta los alaridos de su amo. Y cuando acudieron, era tarde. Todo estaba como ahora...

Blackburn asintió. Sin soltar el pañuelo, contempló el objeto. Luego, me lo mostró.

—¿Qué dices a eso? —refunfuñó.

Yo miré. Era una tarjeta de visita. Una tarjeta a la vieja usanza, amarillenta y con un tipo de letra totalmente anticuado. Debajo, a mano, alguien había escrito:

«Iré a las cinco, Marsh».

Yo, que recordaba el manuscrito de Frankenhaimer, hubiera jurado que era la misma letra. Blackburn no lo dijo, pero creo que pensaba lo mismo, aun contra su voluntad.

—Me voy, Sidney —dije bruscamente, con cierto enfado.

—¿Te vas? ¿Adónde, Geoff?

—A ver a Austin Frankenhaimer, el Mutilador —dije con toda tranquilidad.

Y cuando me ausenté, creo que Blackburn pensaba ya en mi posible demencia.

—No, no estoy loco, Vicky. Por eso te dije que quería ver a Frankenhaimer, en persona. Ah lo tienes. Según parece, es tu antepasado. Familia tuya...

Vicky Lane asintió, algo sobrecogida. Aferró mi brazo, con un

escalofrío.

—Cielos, Geoff, no es agradable tener a un familiar aquí... —murmuró.

No, no es agradable ver a un antecesor propio formando parte de la «Cámara de los Horrores» del Museo de Figuras de Cera de *madame* Tussaud, en Marylebone, curiosamente cerca de la famosa Baker Street, donde residía el no menos famoso —e imaginario—. Sherlock Holmes, con su amigo el doctor Watson.

Sin embargo, allí estaba el hombre alto, enjuto, de ojos claros, de cabello abundante, de frente amplia e inteligente, de facciones delicadas y sutiles, crueles y astutas a la vez. Con su macferlán a cuadros, con su chistera de reflejos, color vino Burdeos, con sus manos enguantadas, su maletín de médico —y de cirujano asesino—. Junto a otros famosos nombres de la galería del Crimen, como Christie, Petiot, Chessman, Crippen, Haigh, la figura imaginada del Destripador, y las cabezas cortadas de Robespierre, Saint Just, Hebert...

Tras la dramática presencia de una hermosa, altiva pero desesperada reina María Antonieta, enfrentándose a sus jueces y futuros verdugos, o el reposo eterno de las yacentes figuras de los últimos reyes de Francia, abatidos por el filo de la guillotina, la «Cámara de los Horrores» resultaba una culminación del terror, un trallazo impresionante para los nervios mejor templados.

Sobre todo, si uno veía allí a una persona de quién se sabía descendiente por directa vía sanguínea.

Oprimí con calor una mano estremecida de la infortunada Vicky. Sus dedos apretaron con igual fuerza mi mano, sin desviar los ojos de la alucinante presencia del doctor Frankenheimer, erguido ante uno de sus macabros delitos, en un apocalipsis de sangre, muy bien fingida en cera, como el resto de los personajes de aquella monstruosa galería, creada por *madame* María Tussaud, allá en los años terribles de la Revolución, al modelar directamente del natural, las cabezas regias de Luis XVI y de la desdichada María Antonieta de Habsburgo.

—Serénate, Vicky —murmuré—. Nadie tiene culpa de proceder de un hombre así...

—Dios mío, su figura me aterra, pero no me inspira compasión o afecto alguno —se lamentó ella, tristemente, sin desviar sus

dilatados ojos de la tristemente célebre figura.

—Mira —señalé a su mano izquierda—. En la derecha lleva el maletín. El bisturí en la zurda. Eso está acorde con los hechos. El era zurdo. También el asesino de ahora es zurdo.

—¿Zurdo? —ella enarcó las cejas. Agitó su mano izquierda—. Yo no sé manejar más que mi mano derecha, Geoff, por muy descendiente directa que sea de él...

—Ya lo he observado —dije calmoso—. En realidad, no te pareces a él en nada, Vicky.

—Afortunadamente, ¿no? —sonrió ella con cierto sentido del humor muy encomiable.

—Sí, afortunadamente —convine, pensativo—. Vicky, ¿estás segura de que tú eres realmente la hija de un Austin Frankenhimer, nieto a su vez del doctor siniestro?

—Pues... es lo que decía Lenov. Y esa ficha que hallaste... Recuerdo que una vez me dijo públicamente, mientras ensayaba un *ballet* de Tchaikowsky, en presencia de otras personas, tales como Viveca Turnball, que también estudiaba danza con él, y de ese hombre muerto en el teatro, Cyril Lomb, que montaba un *ballet* para unirlo a un viejo número suyo, que yo tenía exactamente los mismos ojos del doctor Frankenhimer, que mi parecido era asombroso...

—Lenov mentía —dije secamente—. Mira tú misma. Esa figura de cera está hecha sobre la mascarilla de Frankenhimer tras ser ahorcado. ¿Te pareces en algo? No, Vicky. En nada. Por tanto, Lenov mintió. Me gustaría saber el motivo...

—Sí, y a mí también. Mi padre era un hombre misterioso, y sé que Lane no era el apellido auténtico que ostentaba. Algo tenía que ocultar, pero no pensé nunca que fuese algo como la descendencia de un asesino...

—Y posiblemente, así era. Tu padre decía llamarse Lane, ocultaba algo, pero mucha gente oculta algo en su vida: un posible delito, un error, un pasado del que se siente poco orgulloso y no quiere salpicar a la hija con fango antiguo... Lenov, por indicación de alguien te metió en la cabeza esa idea, e incluso falseó una ficha, para convencerte a ti de ello, y acaso a alguien más. Lenov era un viejo granuja, un vívidor. La danza, evidentemente, no era su única manera de ingresar dinero.

—¿Quieres decir... que me hizo víctima de un complot? —se estremeció ella.

—Quiero decir que han falseado los hechos intencionadamente. No eres nada de Frankenhimer, estoy seguro —señalé a la espantosa figura de cera de *madame* Tussaud—. Hay otro heredero que es zurdo, que tiene algo de Frankenhimer que debe unir a lo arrebatado a los otros siete... para cobrar en el Banco de Inglaterra la fortuna de su antecesor.

—Pero ¿qué puede ser ello? ¿Y cómo obtendrá ocho elementos de la clave, si falta ese misterioso Smiths, cuyo origen y naturaleza ignoramos? Es el único que no consta en el mundo del circo y del espectáculo...

Yo me mantuve silencioso, pensativo. Estaba contemplando la figura del doctor Frankenhimer. Consulté un folleto del Museo. Junto al número de orden de la pieza de cera, aparecía la historia del doctor, sus crímenes, y algunas referencias a su elaboración. Leí:

«La figura es auténtica en todos sus detalles, por haber sido obtenido el rostro de la mascarilla del doctor, una vez ahorcado. Sus ropas son reproducciones exactas de las que él llevó en sus últimos días, siguiendo indicaciones de su abogado, Víctor S. Powell. Incluso el detalle de la botonadura de oro con su firma grabada, hecha por un orfebre por exclusivo encargo del doctor Frankenhimer, aparece reproducida en esta figura de cera, con la mayor fidelidad, en metal dorado inalterable...».

Me incliné. Contemplé muy de cerca el macferlán a cuadros, casi rozándolo. Vi los botones de oro abrochados. Bellamente grabados, con la firma de Austin Frankenhimer, en el centro de sus arabescos.

Eran ocho. Ocho botones de oro.

Me volví a ella. Miré a Vicky, sobresaltado.

—La botonadura... —jadeé—. ¡La botonadura, Vicky!

—¿Qué sucede con ella? —indagó Vicky, mirándome asombrada.

—Ocho botones de oro... Ocho. Y aquí dice que son reproducciones... porque Frankenhimer repartió esos botones

antes de ser ahorcado en Newgate, entre diferentes personas desconocidas...

—Geoff... —se estremeció ella—. Mi padre..., mi padre me regaló una vez un botón de oro, con una firma algo borrosa en su centro.

—Era uno de esos botones. ¿Aún lo conservas, Vicky?

—Sí. Me dijo..., me dijo que por nada del mundo lo perdiera. Que valía una fortuna... Yo siempre pensé que exageraba, Geoff...

—Es que vale una fortuna —mascullé—. ¡Una fortuna que espera en el Banco de Inglaterra desde hace cien años! ¡Vamos, hay que ir a ver a Blackburn! ¡El misterio se ha desvelado al fin!

La tomé por una mano, tirando de ella. Abandonamos el museo de *madame* Tussaud. Fuera, la niebla era densa, la tarde oscura, ya casi noche cerrada. Subimos a mí «Morris Minor», color rojo, y nos lanzamos a la espesa bruma londinense, en busca de New Scotland Yard.

Por primera vez veía claro. Por primera vez, sabía cuál era la solución final.

CAPÍTULO XI

LA VERDAD

Había elegido Park Square, para descender luego, rodeando Park Crescent, hacia Portland Place, en busca de Regent. La niebla era allí tan espesa, maciza y casi sólida, como en el resto de la ciudad. Nos envolvió de un modo increíble, haciendo casi imposible la marcha del vehículo. A tres yardas de distancia, era todo una pasta gaseosa, densa e insondable, donde no había posibilidad de ver absolutamente nada. Ni adivinarlo siquiera.

Justamente en esos momentos, se detuvo el «Morris» rojo. Con un ronquido de motor asfixiado, y un peligroso deslizamiento de neumáticos en el suelo resbaladizo, tan húmedo y tan terso como una pista de hielo.

Comprendí en el acto. Miré a Vicky, preocupado. La luz del tablier y de los faros de mi vehículo, aparte algunas lechosas esferas de claridad perdidas en la noche neblinosa, era todo lo que nos permitía vernos mutuamente, en aquel universo de brumas.

—Una avería —mascullé, irritado. Probé dos veces el motor, sin resultado—. Es lo que nos faltaba, Vicky.

—Me da miedo —se estremeció ella, acurrucándose contra mí—. Es como estar perdidos en medio de un mar tenebroso, Geoff.

—Esto no es un mar tenebroso, sino Londres —le recordé. Y deseé interiormente que no se parecieran demasiado ambas cosas entre sí—. Espera un momento. Creo que lo resolveré enseguida, Vicky.

—¿Vas a dejarme sola? —se quejó Vicky Lane, preocupada.

—No tienes nada que temer. Solamente revisaré el motor. Algo le ocurre. Si no puedo repararlo, iremos a tomar algún taxi o autobús. Incluso tenemos cerca dos estaciones del subterráneo:

Regents Park y Portland. Es un momento, Vicky. No te alarmes.

Salí a la niebla. Alcé el capó del motor, buscando la avería. Empuñaba una lámpara eléctrica para ello. Hurgué en el interior del «Morris» unos instantes. Luego, percibí el ruido cerca de mí. Escudriñé la niebla a mi alrededor.

Estaba seguro de que mis oídos no me habían engañado. Un rodar de ruedas de metal, un traqueteo peculiar... e incluso el relincho de un animal en la niebla.

Luego, la sombra oscura, pasó vertiginosa ante mí, al trote de su tiro de caballos. Me estremecí, y sentí que los cabellos de mi nuca se erizaban.

¡Un fiacre!

El coche oscuro de caballos, deambulando en la niebla londinense... Siguiéndome a mí. Como el día del ataque y el robo del manuscrito... Un carruaje de caballos de un siglo atrás...

—¡Eh, alto! —aullé, echando a correr hacia el vehículo que, como fantasmal silueta, se perdía en la neblina, ante mí—. ¡Alto de una maldita vez por todas...!

Calculé mal la distancia y mi carrera. Me sumergí en la niebla, tras el ruido de aquel rodar anacrónico. El rojo «Morris» quedó atrás, devorado por la bruma. Corrí en vano, jadeante, luchando por hallar el negro fiacre de cien años antes. El vehículo fantástico se me escurrió de entre los dedos, como un pez resbaladizo en el agua salobre. Me hallé solo en el mar de niebla. Perdido, confuso, desorientado. Me revolví, angustiado.

—¡Vicky! —grité—. ¡Vicky!

No respondió nadie. Eché a correr, desesperado. Me moví como un loco, en todas direcciones. O acaso en una misma dirección, porque era difícil orientarse en la niebla, pastosa y opaca como un velo de tejido gris, envolvente como una red diabólica, llegada de todas partes.

Di varias carreras más antes de oír el grito largo y agudo, escapado de algún punto en la niebla. Un grito de mujer. Posiblemente un grito de ella. De Vicky...

No sé cómo, pero tropecé con algo metálico, bajo y rechoncho, color rojo, perdido en el océano de brumas. Me golpeé en ello, y estuve a punto de caer. Reconocí finalmente el perfil familiar de mí «Morris Minor». Abrí la portezuela como un desesperado, asomé

dentro, en la luminiscencia saturada de vapores del interior...

Vicky no estaba. Mi automóvil se hallaba vacío.

—¡Vicky! —chillé, excitado—. ¡Vicky! ¿Dónde estás, por el amor de Dios?

De alguna parte de la niebla, a mis espaldas, llegó otro grito, como una respuesta desesperada y frenética, que pronto se ahogó en un aterrador silencio envuelto en jirones de espesos vapores húmedos.

Me revolví, me aparté del «Morris», corrí sin rumbo fijo, buscando ahora en la niebla un negro fiacre de otros tiempos, y a la vez a una mujer desaparecida, que había cometido el estúpido error de confiar en mí...

Pero esta vez, algo había cambiado.

No estaba dispuesto a ser más la víctima indefensa del asesino desconocido. No iba a jugar otra vez la farsa, representando el papel de imbécil inofensivo. No. Esta vez iba armado.

Del tablier, antes de apartarme del «Morris» rojo, había sacado una automática calibre «32», una pistola con el cargador repleto. Al mismo tiempo, dejé atascado el claxon de mi coche, con una herramienta mecánica, haciendo que su bocina sonara estridente, continuada, incansable, como una llamada de alarma en la niebla.

Yo mismo procuré esta vez, apelando a todas mis facultades, orientarme lo mejor posible, con la escasa ayuda que en semejante niebla era una lámpara eléctrica. Me guiaba por puro instinto. Y por el grito que captara en la densa cortina lechosa que envolvía a Londres aquella mañana.

Tuve suerte. Mucha suerte. No sé si fue mi instintivo o mi oído, pero me orienté esta vez, pese a todas las dificultades. De súbito, en mi desesperada carrera, vi ante mí una negra forma espectral, algo como emergido del pasado mismo, cobrando forma insólita en el Londres de 1970.

Era el coche negro, charolado, tirado por caballos. El fiacre de 1870... El vehículo del asesino del pasado.

—¡Vicky! —aullé, exasperado.

Y al vislumbrar borrosamente las siluetas al trote de dos caballos, disparé sin compasión. Hice dos, tres disparos de arma de fuego.

Nunca he sido un gran tirador, ni creo que llegue a serlo. Pero

mi pulso es sereno, mi vista excelente... y el blanco estaba providencialmente cercano. Incluso con el grave hándicap de la niebla, la noche y mis propias emociones incontroladas, acerté.

Oí un agudo relincho de dolor, de agonía. Un coceo violento en el asfalto negro, charolado y resbaladizo. Luego, el fiacre entero, como un fantasma súbitamente iluminado por el sol de la mañana, se desmoronó, dando un tumbo dramático en el pavimento londinense.

Yo corrí hacia el vehículo, arma en mano, dispuesto a seguir disparando contra quien fuese.

Entonces, de todas las cercanas bocacalles, surgieron silbatos, grifos, disparos al aire y ruido de carreras de pesadas botas en el asfalto.

La policía. Scotland Yard al acecho. Nunca sentí tan patriotero orgullo por nuestros inefables bobbies de uniforme azul oscuro. También había agentes de paisano, porque vi flotar confusamente faldones de abrigos y gabardinas en la niebla.

Me precipité sobre el negro fiacre, abrí una portezuela, me metí dentro, y encontré en su asiento tapizado de negro cuero, un cuerpo femenino, pálido y postrado, inconsciente y como sin vida.

—¡Vicky! —rugí, temiendo lo peor. Y sólo al tocar su pulso supe que vivía, y sólo sufría un desvanecimiento causado por un narcótico de fuerte y acre aroma—. Vicky, muchacha...

Entre los pasos que se aproximaban, a la carrera, y salpicados de voces de mando, percibí claramente otros que se perdían en la distancia, un taconeo veloz que yo conocía bien, que ya había oído una vez, escapando de la Academia Imperial de Danza de Serge Lenov... ¡El asesino de hoy, El Mutilador actual...!

Esta vez no iba a dejarlo escapar. Estaba lejos el Club 1800, con su facilidad para ocultar a un enmascarado con absurdo disfraz. De modo que corrí. Y corrí de firme, sin dar respiro a aquella persona anónima que, ante mí, jadeaba por momentos, tratando de poner distancia por medio, pero advirtiéndome que ésta disminuía por momentos...

Dos veces oí su tropezón, su patinazo en el resbaladizo asfalto. Dobló una esquina dificultosamente. Tanto, que pude incluso ver su silueta, recortada contra la niebla, por un fugaz instante.

Me quedé de una pieza. Lucía alta chistera de reflejos, macferlán

oscuro, de cuello alzado... Botines propios de cien años antes, repiqueteaban al taconear en el suelo londinense, intentando evadirse de mi implacable caza.

Tuve suerte una vez más. Indudablemente, era mi noche afortunada. La única, pero me conformaba con eso, porque era también la decisiva. Repentinamente, mi perseguido cometió un gravísimo error; meterse a ciegas, acaso confundido por la premura de la carrera, en un callejón adyacente. Yo le seguí, porque mi oído captó en la densa niebla su dirección.

Luego, supe que aquél era Alí *Souls* Lane, o Callejón de Todas las Almas, un pasaje o callejuela sin salida, entre Langham Place y Hallam Street, tras la iglesia de Riding House Street [5].

Y supe que mi fugitivo estaba en el cepo. Sin posible salida, bloqueado por el alto muro de los edificios de Great Portland Street, en su parte posterior.

También él lo supo inmediatamente. Y ahí estuvo el mayor peligro. Porque de súbito, noté que se detenía. Algo chascó siniestramente en la niebla. Y comprendí que el asesino, al verse acorralado, acababa de recurrir a su desesperada defensa; un arma blanca recién desenfundada, de resorte automático. Una navaja, un estilete, o acaso una corta espada.

Lo que fuese, en manos de un mutilador inexorable como él, era un riesgo demasiado tangible y aterrador para mí.

Avancé, precavido, pistola en mano. Paso a paso, tanteando el suelo, moviéndome en la niebla sin hacer el más leve ruido... Mis dedos se cerraban en torno a la culata fría de mi automática. Me preguntaba dónde esperaba, agazapado, el temible criminal...

De repente lo supe. Y lo supe porque se precipitó sobre mí.

No le vi sino cuando estaba ya encima mío, surgiendo a mi derecha, como un espectro. Incluso en la torva niebla gris, en la mano enguantada, anónima, centelleó una aguda punta de acero mortífero, dirigida a mi garganta, a mi cuerpo...

Grité roncamente, y resbalé al revolverme. El asesino cayó sobre mí, con su acero entre los dedos, apuntando a mi carne.

Indudablemente, era mi día de suerte.

De no haber resbalado en ese instante, es posible, que yo no estuviera ahora narrando esta historia. Hubiera sido la última

víctima de El Mutilador.

Pero al perder el pie y caer, desorienté a mi feroz enemigo, que me persiguió solamente porque él mismo perdía también su equilibrio. La hoja de acero silbó junto a mi rostro, para ir a chocar agriamente en el asfalto. El cuerpo cubierto por el anacrónico macferlán, casi cayó junto a mí. Logró recuperarse e intentar la fuga de nuevo.

Sólo lo intentó. Yo me rehíce, erguí el cuerpo y disparé dos veces. Creo que a la primera ya le había acertado. Pero a la segunda oí su grito ronco, desesperado. La figura borrosa, fantasmal, cayó en la niebla. Golpeó sordamente el asfalto. Se quedó quieta...

Lenta, muy lentamente, esgrimiendo el arma todavía, me incorporé. Toqué el macferlán, de oscuro y grueso paño de lana, la chistera de reflejos, abatida de una cabeza de largo cabello...

Busqué el emplazamiento de su rostro, encendí la lámpara eléctrica y derramé luz sobre aquella faz que tanto deseaba ver.

Lo esperaba. Había llegado a esa asombrosa conclusión algún tiempo antes. Pero aun así me sentí horrorizado ante la verdad, en su tremendo significado.

Por segunda vez, veía sangre en torno a aquella cabeza, a aquel rostro. Sólo que ahora no estaba separada del tronco, ni despertaba compasión o lástima en mí.

—Lo sabía... —musité—. Lo sabía... Tenías que ser tú... Tú, Viveca Turnbull...

Y la decapitada del Old Royal Comedy, se limitó a mirarme, patética y vencida, envuelta en luz y brumas, sangrando copiosamente por las dos heridas que mis balas abrieran en su cuerpo turgente, vestido con ropas de hombre del pasado siglo...

CAPÍTULO XII

LA ULTIMA PAGINA

—¿Qué explicación tiene todo ese horror, Geoff?

—La más lógica y razonable de todas, Vicky. Era ella la hija de un Austin Frankenhimer, descendiente directo del doctor asesino de 1870. Viveca Turnball era Vicky Frankenhimer. Muchas mujeres se aplican el diminutivo de Vicky sin llamarse Victoria, sino teniendo por nombre Viveca. Ella era una de éstas. Era zurda. Recuerdo que saludaba con su brazo izquierdo en el número teatral con Lomb. Ella era alumna de Lenov. Ella planeó con Lomb y Lenov la conspiración contra ti, Vicky...

—Pero ¿por qué precisamente contra mí?

—Eso, Geoffrey sólo lo dedujo, pero yo tengo los datos —terció Blackburn, pensativo—. Hoy supe que Victoria Lane, era en realidad hija de un hombre llamado Smiths Powell, descendiente del abogado Víctor Smiths Powell, a quien siempre se llamó Víctor S. Powell, en el manuscrito de Frankenhimer. En suma, el poseedor número siete de un botón de oro con la firma de Frankenhimer. Sólo quien reuniera los ocho botones, podía cobrar del Banco de Inglaterra la fortuna del viejo doctor ahorcado en 1873.

—De modo que mi padre nada malo ni vergonzoso tenía que ocultar...

—No, nada. Sólo procuró impedir que el heredero criminal de Frankenhimer supiera que usted, Vicky, poseía el séptimo botón de oro de su macferlán. Pero no tuvo fortuna en eso. Viveca Turnball, en realidad Viveca Frankenhimer, era demasiado lista para ser engañada fácilmente. Lomb era un instrumento suyo, un esbirro. Ella mandaba, ella disponía y dirigía.

—Pero ella... murió decapitada por Lomb... —protestó Vicky,

estremecida.

—No, no —negué yo rotundamente—. Eso se trató de hacernos ver. La fecha elegida era la mejor: seis de febrero, centenario del Old Royal. Y con miles de testigos. ¿Quién podría dudar que Viveca Turnball fue decapitada? Pero nadie halló nunca su cabeza. De ahí el juego previo de mutilaciones diversas. La desaparición de la cabeza a nadie extrañaría.

—¿Eso tiene explicación?

—La más simple. Eran trucos de magia. Nada más fácil para ellos que cambiar a Viveca por otra mujer, dentro de la caja. Decapitarla, tras el cambio hecho rápidamente. El tiempo hasta apagar las luces, sólo deja ver una cabeza pelirroja, horriblemente segada. ¿Quién se fija en sus facciones, deformadas además por la horrible muerte? Entretanto, Viveca ha desaparecido del escenario, por la escotilla, y en la oscuridad asoma, recoge en una bolsa o recipiente la cabeza de la «doble» sacrificada ferozmente, y elegida con cuerpo similar al suyo, y así, oficialmente, ella está muerta. Pero recordad que el apellido Turnball nunca aparece en la lista del manuscrito. Sencillamente porque no existe. Turnball es el falso nombre de la descendiente de Frankenhimer que, en posesión de la última hoja del manuscrito, sabe lo que debe de hacer... y cómo hacerlo.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso, Geoff? —dudó Vicky.

—Hallamos la última hoja del manuscrito en el escondrijo de Viveca, en un barrio apartado de Londres.

Allí tenía ella sus disfraces, ropas, pelucas y demás recursos. Nunca sabremos realmente si Frankenhimer legó realmente unos genes homicidas a su familia o no. Lo que sí es cierto, es que Viveca era un asesino en potencia como lo fue él, y al saber que debía recoger esos botones de oro, como dice la última hoja del manuscrito, legada a su hijo por el doctor, ella procedió al mejor método para recuperar esos botones de oro: robárselos a cada dueño de uno de ellos, que lo heredó de su estirpe familiar. ¿Pudo robarlos sin matar, pudo comprarlos, adquirirlos con cualquier pretexto? Es posible. Nunca lo sabremos. Por eso digo que la personalidad de ella y su genética siempre será un enigma. Pero optó por matar, no sé si por instinto feroz, por respeto a un credo horrendo de su bisabuelo... o por simple placer y comodidad.

Cuando vi en el Museo el rostro de Frankenheimer en cera, recordé inmediatamente el de Viveca. Eran parecidísimos. Los otros detalles coincidían. Y Lomb intentó matarme, de eso no había duda. Por tanto, trabajaban unidos, cómplices en un mismo y terrible juego de muerte. Temiendo que el manuscrito dado a mi abuelo revelase algo sobre el plan futuro de Frankenheimer, me siguieron y golpearon, robándome esa pieza. Lomb o ella lo hicieron. En realidad, formaban un todo indivisible, hasta morir él.

—Y trataba de asesinarme ahora a mí...

—Tenía que hacerlo. Tú eras la que faltabas. Lo había descubierto, y necesitaba tu botón de oro a cualquier precio. Sabía ya que no creíamos en ti como familia del Mutilador.

—Geoff, pero ¿por qué fingir que ella era muerta, decapitada?

—Un alarde más de sanguinaria astucia. No existiendo, estaba fuera de sospechas. Viviendo, se hubiera podido investigar su origen... La idea era de que Lomb cobrase la fortuna de Frankenheimer, y reunirse en el extranjero, para disfrutarla. Posiblemente el pobre diablo de Lomb hubiera sido luego sacrificado por esa espantosa mujer sin conciencia, que disfrutaba asesinando y mutilando. Ella, con las ropas con que le di caza esta noche, fue la visita macabra del infeliz Marsh.

Hubo un silencio. En la oficina de New Scotland Yard, Blackburn daba fin al atentado. El y yo habíamos llegado a la verdad final por diferentes caminos. Sin embargo, mi amigo parecía darle a mi capacidad deductiva un gran mérito que, posiblemente, no tenía.

—Si no se me ocurre seguirte, vigilar tus pasos, Geoff, ahora acaso estaríais muertos tú y ella —refunfuñó Blackburn, malhumorado. Y al no tener respuesta mía, añadió, sombrío—: Maldita sea, Geoff, y por fin, ¿sabremos alguna vez si Viveca Frankenheimer actuó movida por la codicia, la crueldad, la herencia de un asesino... o un auténtico experimento genético a cien años de distancia?

Moví la cabeza amargamente. Mi respuesta resultó más bien pesimista para lo que él esperaba que le dijese:

—Me temo que no, Sidney —dije al buen inspector de New Scotland Yard—. Me temo que nunca podremos saberlo a ciencia cierta... ¿Quién sabe los misterios de la humana naturaleza, de su genética, de sus herencias psíquicas y mentales? La Ciencia ha

avanzado mucho en ese sentido. Posiblemente más de lo que lo hizo entonces Frankenheimer en sus experimentos... o acaso menos. Es la gran duda. ¿Ha sido como una resurrección psíquica del Mutilador, en un ser de su sangre, elegido un siglo antes por el investigador demente? ¿O algo más simple, como una reiteración de circunstancias, de factores humanos y circunstanciales provocados por su propio juego diabólico? No, Sidney, nunca podremos responder a esa incógnita, ni siquiera cuando Viveca sea ahorcada, si alguna vez vuelve la pena capital a este país...

Y tomando de la mano a Vicky, me dirigí a la salida del despacho. Blackburn rezongó, con tono áspero:

—Eh, espera aún. Faltan unos trámites por...

—Mañana, Sidney —respondí—. Mañana habrá tiempo. Ahora, deja que lleve a Vicky a alguna parte, a tratar de olvidar lo pasado...

—¿Al teatro, tal vez?

—No, por Dios —me estremecí—. Al teatro, no. Vamos a cenar, al baile, a cualquier sitio donde olvidar incluso que existe algo llamado teatro...

Y salimos de Scotland Yard como si tuviéramos alas.

Sí. A veces, sueño con que el Old Royal vuelva a levantarse. Como anoche.

Pero en mis sueños, tampoco hay respuesta.

Viveca Frankenheimer... ¿fue producto de un genio de la Biología... o herencia vulgar de un brutal asesino?

No lo sé. Nunca lo sabré. Y mi mujer, Vicky Symons, no parece interesada siquiera en que sigamos buscando respuesta a esa interrogante. Total, ¿para qué?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] La escena, situada anteriormente a la existencia misma de Robert Louis Stevenson, escritor británico nacido en 1880 y fallecido en 1904, parece profética en este sentido, puesto que años más tarde se publicaría su obra *El doctor Jekyll y mister Hyde*, sobre el desdoblamiento de personalidad y el simbolismo del Bien y el Mal de la mente humana. < <

[2] Bobby: nombre dado familiarmente en el argot londinense al policeman británico. < <

[3] Alusión irónica a la película de Los Beatles, Submarino amarillo, en que un submarino de ese color recorre Londres como un dirigible. (N. del A.). < <

[4] Alusión a Un yanqui en la corte del rey Arturo, de Mark Twain.

< <

[5] Un lugar auténtico, ubicado en Bloomsbury, tal y como aquí se describe. (N. del T.). < <